



CONDICIONES DE ESPAÑA

PARA EL

CULTIVO DE LAS CIENCIAS ⁽¹⁾

Señores:

No puedo empezar en esta ocasión con las frases insinuantes que enderezan los oradores al auditorio para granjearse su benevolencia, porque me domina el vehementísimo deseo de salir al encuentro de un prejuicio que seguramente asaltó vuestro ánimo al conocer el tema de esta disertación, previniéndoos en contra mía. No dudo que lo habréis calificado de insustancial vaguedad sólo utilizable para encabargar párrafos declamatorios, abriantados por la exaltación del patriotismo ó entenebrecidos por las lamentaciones de nuestra decadencia, según las ideas del disertante educadas de su ya conocido modo de pensar, ó tan sólo de su estado de ánimo en el momento de la peroración. Tengo prisa de manifestaros que si alcanzase la

(1) Para deleite de nuestros lectores publicamos esta notable conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid por el sabio profesor y académico señor Carracido.—(N. de la R.)

dicha de poder inflamar las almas manejando á mi antojo los más poderosos recursos de la elocuencia, me resistiría á emplearlos para no contribuir al sostenimiento de la injusticia que se comete al suponer intratable—no siendo por modo exclusivamente retórico—el problema en el cual se ponen en ecuación las condiciones físicas y sociales que constituyen la patria y la vida psíquica que en su seno es capaz de producirse, á semejanza de la flora correspondiente á suelo y clima determinados.

Este asunto sólo puede y debe tratarse sofocando la voz del sentimiento para que el espíritu de investigación, limpio de preocupaciones y sin rendir culto á otro afecto que al de la verdad, registre lo pasado, analice lo presente, y partiendo de los datos recogidos en sus exploraciones al través de lo que le antecedió y de lo que actualmente le rodea, infiera la preparación necesaria para cosechar grandes frutos en lo porvenir. El método para alcanzar la solución de los problemas, sea cualquiera el orden de conocimientos á que pertenezcan, es siempre idéntico. El empeño de conseguir resultados positivos dando vueltas á complejissimas proposiciones tomadas en conjunto, sólo produce arrebatos de entusiasmo por la gallardía y la audacia del atleta que asombra con la exuberancia de sus facultades, pero los entendimientos de los espectadores continúan ignorantes del contenido de la mole en cuyo examen no se ha penetrado.

La tan conocida máxima estratégica, *divide y vencerás*, es aplicable también á la conquista del conocimiento científico, y á ella hemos de atenernos para librar de la reputación de esterilidad á la tesis en cuyo desarrollo vamos á ocuparnos, rehuyendo las tentadoras sugerencias de la fantasía y empleando tan sólo el método analítico, por el cual es inevitable comenzar, tanto para el estudio de los procesos materiales, obra de la Naturaleza, como para el de los morales, producto de la Historia. Por la disección de los factores simplicísimos en la complejidad de los unos, y por el desglose de los elementos psíquicos en la variada trama de los otros, es como se ha de intentar que declaren su

origen y desarrollo iniciándonos en los secretos de su real y verdadera intimidad, los cuales sólo por estos únicos caminos se encuentran.

Empecemos, pues, la obra analítica que nos ha de guiar al corazón del problema donde hemos de sorprender sus revelaciones.

I

Cada una de las múltiples manifestaciones de la vida social no es caprichoso resultado de gustos y antojos de los individuos que en ellas colaboran. Las ideas y los sentimientos, lo mismo que los actos humanos, no son producto de espíritus puros, vírgenes de todo influjo exterior. Las enseñanzas transmitidas y las acciones presenciadas son las que en primer término nutren las inteligencias y forman los caracteres, moldeando la vida psíquica individual en la turquesa de la colectiva que por todas partes la envuelve imprimiéndole su imagen. Es verdad que en algunos casos, por condiciones singulares de la substancia que recibe la impresión, la figura resultante no es igual á la del molde que la produjo; pero aun entonces sólo cambian las proporciones, sin que la imagen se desnaturalice en sus rasgos fundamentales. Las personalidades eminentes, tanto las que honran á la sociedad por su saber y sus virtudes como las que la avergüenzan con sus vicios, no difieren de los individuos que constituyen el fondo sobre el cual resaltan más que en las variaciones cuantitativas que las singularizan, pero sin perder fundamentalmente el tipo, no sólo de sus contemporáneos, sino de sus conciudadanos. La persistencia de esta homogeneidad sustancial reconócese y afirmase siempre que se dice: todo hombre, al fin y al cabo, es hijo de su tiempo y de su patria.

Resulta de este linaje de consideraciones que para investigar la solución del problema planteado se impone ante todo el estudio analítico del medio; y aun puede afirmarse, después de lo dicho, que para examinar el modo de produ-

cirse cualquiera de las funciones del organismo social basta conocer los factores constitutivos del medio ambiente, y á su conocimiento puede reducirse el de la incógnita cuyo despejo perseguimos.

Suponiendo un individuo humano aislado y solitario, que vive como producción espontánea sobre el lugar que habita, sin antecesores ni contemporáneos, sus sentidos y todo su cuerpo no reciben otras impresiones que las del medio natural, cuales son las procedentes de la contemplación del paisaje y de los fenómenos meteorológicos, de las temperaturas que soporta, de la presión atmosférica á que vive sometido, y de los azares y sorpresas que surjan en su lucha por la existencia para proporcionarse el sustento y defenderse de los rigores del clima; pero en la vida colectiva hay que considerar además el medio social con sus instituciones civiles, políticas y religiosas, centros de enseñanza, establecimientos industriales y mercantiles y, en una palabra, el influjo, ya mediata, ya inmediatamente, ejercido sobre cada individuo por la labor de todos aquellos con quienes le une algún vínculo, por débil que sea.

Ante este primer análisis, la totalidad de los elementos integrantes del medio en general fracciónase en dos grandes grupos: uno, el de los elementos naturales, y otro, el de los sociales.

II

La acción del medio natural es, más que poderosa, predominante en las civilizaciones primitivas; pero en las adelantadas atenúase considerablemente, porque los variadísimos recursos de que dotan al hombre, le permiten suplir en su vida por el artificio deficiencias de la Naturaleza. La actual civilización europea nació bordeando el Mediterráneo, donde la serenidad del cielo, la blandura del clima, la feracidad y belleza de la tierra podían determinar aquel estado de íntima satisfacción en que el espíritu, levantándose

sobre las necesidades materiales, se entrega al placer estético de contemplar líneas y colores y percibir armonías, sintiendo á la vez el escozor intelectual que pide el *cómo* y el *por qué* de cuanto recrea sus sentidos y suspende su ánimo. Análogamente, los conquistadores españoles pudieron observar que en el Nuevo Mundo eran las regiones templadas de uno y otro hemisferio las que daban asiento á civilizaciones más florecientes.

Por su evidencia, es innecesario demostrar que la vida psíquica inicia su desarrollo donde las condiciones naturales del mundo exterior son más gratas al hombre; pero no sólo por el bienestar que determina promueve la cultura intelectual el medio ambiente de las zonas templadas, sino además por la riqueza de fenómenos con que acrecienta el caudal educativo del espíritu y por lo que excita su actividad, haciéndolo previsor.

En los países muy septentrionales, las manchas de vegetación criptogámica y los bosques de coníferas, monótonos, sombríos é imponentes, constituyen el único espectáculo de su infeliz habitante, siempre en lucha tenaz con el hambre y con el frío, que tiende á coagular su sangre; en los tropicales, la vegetación es exuberante, luchan unas especies con otras, porque el suelo es igualmente feraz; pero el ritmo de las estaciones no se conoce, y aunque con diversos caracteres, resulta la monotonía como en el caso anterior. En cambio, en las zonas templadas, la alternación de las estaciones ofrece al hombre panoramas variados y con ellos mayor número de ideas, el forzoso descanso del período invernal le obliga á ser previsor desarrollando solidariamente las imprescindibles cualidades morales é intelectuales para la vida económica y social, naciendo de esto la necesidad del cambio y de la división del trabajo, origen de todo progreso.

Aunque el poder de estas influencias se ejerce principalmente sobre las civilizaciones primitivas, como queda dicho, no se anula por completo en las de orden jerárquico más elevado, y teniendo un valor positivo, por pequeño que sea, no se debe prescindir de tomarlo en cuenta y de preci-

sar su carácter. Los negocios intelectuales demandan, como los económicos, escrupulosa administración, y en ésta no hay partida que no merezca ser registrada.

III

Sabido es que nuestra Península se extiende entre los 36° y casi los 44° de latitud septentrional, situada, por consiguiente, en la zona templada, tocando al límite de la tropical. Si fuese su superficie una no interrumpida llanura desde los Pirineos hasta Gibraltar, serían de poca monta las diferencias del clima entre ambos límites, haciendo posible que nuestro suelo estuviese cubierto en toda su extensión por espléndidos bosques de naranjos, como se lo imaginó la Europa, no muy culta, hasta que la facilidad de los viajes fué desvaneciendo el engaño; pero la variedad de las cordilleras que lo surcan, determinando con sus múltiples ramificaciones extensísima escala de altitudes, cambia profundamente las condiciones climatológicas supuestas por el exclusivo dato de la latitud.

Cada sucesiva elevación de 180 metros sobre el nivel del mar equivale próximamente á un grado de latitud hacia el Norte, y arrancando de nuestro suelo montañas de muy diferentes alturas, podemos contemplar, en el ascenso por sus laderas y en el escalonamiento progresivo de sus quebradas, representaciones de todos los climas europeos, expuestas á veces en espacios tan reducidos como el que ocupa Sierra Nevada, en el cual se condensan 18° de latitud Norte, los que separan á Sevilla de Islandia y del mar Blanco; es decir, que la gradación climatológica que se extiende entre una zona casi tropical y otra polar la tenemos nosotros compendiada en el trayecto relativamente corto que une las playas andaluzas con los picachos de Mu'hacén y la Veleta. Aunque no en contraste tan brusco, como en este caso, lo mismo acontece en otras regiones de la Península.

2008 Ministerio de Cultura **Dícese, y con razón, que en la flora de un país se resumen**

los efectos meteorológicos del ambiente y las condiciones físicas del suelo, pudiendo inferir del conocimiento de cualquiera de los factores la índole de los que le son correlativos. Respecto á la flora, es nuestra Península comarca especialísima en Europa, con fisonomía propia, caracterizada, en primer término, por el extraordinario número de especies que prosperan en su suelo. De las 10.000 clasificadas en la parte del mundo que habitamos, nosotros tenemos 6.000, cuando Italia, con todas las magnificencias de su clima tan ponderado, sólo cuenta 5.000, y el Reino Unido de la Gran Bretaña, con su verde Erín y su pintoresca Escocia, no posee más de unas 1.600.

Si del conjunto descendiésemos á los pormenores de su distribución, veríase que nuestro territorio es á la par europeo y africano, poseyendo la aridez del desierto y las frondosidades del jardín horaciano. Las estepas del Mongol, las mesetas de la Arabia, las poéticas montañas de Lesbos, los viciosos valles de la Arcadia, las planicies de Roma y los jardines de Nápoles, cuanto se extiende desde la zona tropical hasta la alpina, todo está representado en nuestra Península, la cual, por lo que en sí encierra, puede llamarse con exactitud científica *microcontinente* y, sin extraordinaria exageración, *microplaneta*.

Dice Curtius, en su magna *Historia de Grecia*, que en el teatro de los sucesos que narra «dos grados de latitud separan las encinas del Pindo de la región de las palmeras, no sucediéndose tan bruscamente en punto alguno del globo tal diferencia de zonas climatológicas y botánicas»; y añade como consecuencia que «la variedad de productos debió desarrollar paralelamente la inteligencia de los habitantes estimulando su industria y provocando transacciones mercantiles». Á idéntica conclusión debemos llegar nosotros después del anterior examen, sosteniendo que el medio natural en la parte en que fomenta la vida psíquica no puede ser más favorable: está situado en la zona templada y exhibe la más rica variedad de datos con que los sentidos pueden contribuir á la nutrición del entendimiento.

IV

Retrocediendo á uno de los preliminares de esta conferencia, debo declarar que en la operación mental en que redacté el título, hube de corregir el primeramente pensado, sustituyendo *Aptitudes de los españoles* por *Condiciones de España*. Movióme á esta sustitución considerar que siendo los caracteres generales de la vida psíquica resultado del medio ambiente, mostraríanse aquéllos constantes si las influencias que los determinan fuesen invariables; pero en el caso contrario, lo que procede es el estudio de las variaciones del medio, porque del curso de este proceso es de donde ha de inferirse el tipo correspondiente á cada una de las sucesivas fases. Es posible definir y caracterizar la flora española porque el suelo y el clima permanecen sensiblemente constantes al través de las edades históricas; pero si así no fuese, el proteísmo de la fisonomía vegetal de la Península nos obligaría á subordinar el catálogo de las especies botánicas al estudio de las condiciones del medio, determinantes de su renovación.

En el desarrollo histórico de los pueblos, las acciones persistentes, las peculiares del medio natural, ven quebrantado su primitivo poder por el creciente y avasallador de las advenedizas del medio social, las cuales en la evolución progresiva conducen á la grandeza venciendo á los rigores del clima, y en la regresiva arrastran á la decadencia, que á lo sumo podrán retrasar, pero no impedir, las ventajas naturales. ¡Dígalo Grecia comparando su presente con el de los pueblos que antes llamó bárbaros, juzgándolos incapaces de toda cultura por vivir envueltos en las nieblas hiperbóreas! Parece ser tan exclusivista el amor al trabajo de la civilización, que lo que principalmente la nutre y la vigoriza es lo que aquél crea por su propio esfuerzo, no los beneficios con que la Naturaleza la obsequia como don gratuito.

Por el razonamiento antecedente me vi compelido al

cambio de título que he confesado, no sólo por sinceridad, sino también por ser dato que ilustra el proceso de este discurso y argumento que robustece el criterio ordenador de los puntos de vista desde los cuales han de ser examinadas las cuestiones aquí expuestas.

Pero en la continuidad de la vida social lo presente está lleno de lo pasado, siendo entre los esfuerzos que la integran los más poderosos los que la herencia viene acumulando, y que los siglos consolidan, constituyendo lo que puede llamarse el esqueleto moral de las naciones. Insensato sería prescindir de la tradición, cuando sólo ha de vencerse con armas iguales; es decir, con otra tradición iniciada con diferente rumbo y sostenida por la inexcusable complicidad del tiempo. Las voces de los sepulcros son tan potentes que ruedan por el anchuroso campo de la historia, con rumores, ya confusos, ya distintos, según lo apartado de la procedencia, que sólo se extinguirán cuando se sobrepongan los producidos por los coros de las nuevas generaciones.

Antes de conocer las enseñanzas que se desprenden de la situación de nuestros contemporáneos y justipreciar su valor, escuchemos las que dieron á propios y extraños nuestros antecesores.

V

Para juzgar las aptitudes características de toda personalidad individual ó colectiva ha de tomarse como base de información la labor correspondiente á la plenitud de su vida. Sería absurdo definir y clasificar á los sabios, á los artistas y á los políticos atendiendo tan sólo á sus ensayos juveniles, é injusto limitarse al examen de las obras correspondientes al período de decadencia. En el completo desarrollo de lo que evoluciona es cuando se manifiestan bien distintos y con vigoroso realce todos los trazos vagamente indicados en los momentos preparatorios de ir convirtien-

do en acción lo contenido en potencia en los gérmenes primordiales.

Es universalmente sabido y unánimemente declarado que la edad viril de nuestra patria es la de aquel período de grandeza nunca superada, ni siquiera igualada, que tiene su aurora en el consorcio de Castilla y Aragón, y su ocaso en el reinado de Felipe IV. Durante este período de casi dos siglos en que por la fuerza de las armas sojuzgamos al mundo, el cerebro español no vivió á la zaga del brazo en todas partes vencedor; no hubo rama del saber humano en que nuestros ingenios no se ejercitasen y en que no se mantuviesen por lo menos á igual altura que los más eminentes de Europa. Humanistas, historiadores, filósofos, matemáticos, naturalistas y médicos enaltecieron entonces el nombre de nuestra patria, ya enseñando en Universidades extranjeras, ya publicando obras que, por lo profundo de los conocimientos y lo original de las ideas, eran estudiadas y elogiadas por los sabios de todos los países y hasta vertidas á varios idiomas. España, en la hora de su hegemonía, demostró al mundo con valiosísimas y abundantes pruebas que rebosaba en condiciones, y sus hijos en aptitudes, para el cultivo extenso é intenso de todas las ciencias; por supuesto, subordinando el juicio al criterio de la época, que sería tan ilógico como malévoló exigir á un pueblo, por fecunda que sea su vida intelectual, sistemas científicos de siglos posteriores.

Pero á semejanza de la Naturaleza que yergue sobre las costas elevados y abruptos picachos á expensas de las depresiones del fondo de los mares que inmediatamente los suceden, el rapidísimo y portentoso encumbramiento de nuestra patria fué sucedido por una decadencia de igual magnitud, sumiéndola en la pobreza y casi en la ignorancia. Como ejemplo sin par de contraste brusco en la Historia se cita siempre el tránsito de la España de Carlos I á la de Carlos II; mas en este cuadro de nuestro abatimiento, con ser muy grandes las proporciones del quebranto físico y enorme su transcendencia, por referirse á un pueblo guerrero, aún son mayores las de la miseria intelectual ex-

tremada hasta la incapacidad, no sólo de producir nuevas ideas, sino de conservar la riquísima herencia creada por el vigoroso pensamiento de sus antepasados.

VI

Por las causas que motivaron el aniquilamiento del organismo nacional esterilizando su potencia discursiva, España se retiró del comercio científico en los momentos en que las ciencias matemáticas asombraban al mundo con aquel espléndido desarrollo que alcanzaron los principios fundamentales de la mecánica racional, la aplicación del álgebra á la geometría y el cálculo de los infinitos, al mismo tiempo que el rápido y extraordinario incremento del método experimental exaltaba con nuevos estímulos el espíritu de investigación anunciando el ulterior predominio de las ciencias físico naturales.

De toda esta riquísima producción intelectual, cuya pujanza comenzó á manifestarse en el curso de la centuria XVII, apenas fuimos espectadores y de ningún modo colaboradores, hasta los tiempos de Carlos III y de su sucesor, en los cuales hubo entre nosotros un florecimiento científico de tipo europeo, brillante respecto al inmediato pasado del país en que surgía, pero modestísimo comparándolo con la opulencia que ostentaban las principales naciones del otro lado del Pirineo.

Este conato de vida científica, no siendo término natural y forzoso de una serie evolutiva, sino producto repentino y artificialmente cultivado por solícitas atenciones de los elementos oficiales, sólo hubiera podido consolidarse perseverando aquéllas largo tiempo para que sus raíces se extendiesen y afianzasen en las capas del sedimento histórico constituídas por los esfuerzos acumulados de varias generaciones; mas la adversidad del destino mostróse en toda su crudeza desencadenando vientos tempestuosos sobre la producción todavía somera que la desarraigaron en absolu-

to sin otra transcendencia que la enseñanza que se desprende de su vida efímera.

Colocándonos en la época presente é inventariando nuestra herencia intelectual, resulta que en la producción literaria y en los estudios históricos, políticos y filosóficos podemos registrar una gran riqueza en el período brillante de la historia patria, la cual, aunque aminorada en el decadente, rodeándola de circunstancias favorables podrá rehabilitarse sin laboriosas preparaciones por el estímulo positivo de la tradición—y de esta posibilidad son testimonio los fáciles y lisonjeros renacimientos con que reaparece al punto que el medio social se le muestra propicio;—pero de las ciencias matemáticas consideradas en su aspecto moderno, y sobre todo de las novísimas ramas del saber, casi creadas por los recursos del arte experimental en sus aplicaciones á la investigación de la Naturaleza, apenas tenemos precedentes. La historia contemporánea, salvo muy singulares excepciones, revela la transcendencia de esta falta, confirmando con la esterilidad de los resultados cuán absurdo es exigir producción de trabajo á quienes carecen del aprendizaje necesario, y cuán torpe el empeño de cultivar semillas para que de pronto fructifiquen cuando el terreno no está previamente fertilizado. No dando tiempo al tiempo para que la formación del nuevo organismo se realice por los pasos que su proceso requiere, y no por saltos, se cosecharán siempre mayores trastornos que ventajas positivas.

Convencido de lo infructuosas que son las improvisaciones, dije en un acto solemne, y hoy lo repito, considerando que la opinión entonces manifestada todavía no ha perdido su actualidad: «Es indispensable que en los cimientos de nuestra regeneración científica se sepulten muchas inteligencias y voluntades antes de formar la raza en la cual se hayan encarnado las aptitudes psicofísicas que honren con sus brillantes producciones científicas la generosa abnegación de sus modestos predecesores» (1).

(1) Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso académico de 1887-88.

VII

En nuestras Universidades y en las escuelas consagradas á la enseñanza de los diferentes ramos de la ingeniería hace ya más de medio siglo que se cultivan sin interrupción los más altos estudios de las ciencias exactas, físicas y naturales, pero de tan vasta obra educadora sólo resultan excelentes alumnos que conocen hasta en sus últimas novedades la producción científica ajena y también las aplicaciones ya estatuídas; pero no autores de trabajos propios realizados en sendas inexploradas: discurren con gran conocimiento y seguridad por las vías que otros trazaron, pero no abren nuevos caminos. ¿Cuál es la causa de esta limitación? ¿Por qué no añadimos al papel de negociadores de ciencia extranjera el de fabricantes de ciencia nacional?

En defensa del Estado, á quien siempre se está calumniando, y á veces con la misma razón que al correo por no entregar las cartas no escritas, debe decirse que si con verdadero empeño se le piden recursos experimentales no los niega, y de la exactitud de este aserto puede responder el ya considerable material científico de algunos de nuestros centros de enseñanza en los cuales se dispone de medios, si no sobrados, suficientes para acometer la investigación en el terreno experimental.

Desechado este argumento, ¿procederá acusar de ineptitud ó de holgazanería—como no falta quien lo haga—á los que se dedican á los estudios experimentales?

Del primer defecto nada puede decirse porque, si existe, es congénito de los individuos que constituyen la clase de la cual es carácter la falta de capacidad; y en este supuesto, el esfuerzo humano es impotente para corregirlo; habrá que aceptarlo como la Naturaleza lo produce, resignándose á soportar la inferioridad.

El segundo defecto ya es vicio susceptible de enmienda, pero reprochable tan sólo en el caso de presentarse en algunos individuos, mas no lo será si como padecimiento en-

démico domina á toda una clase social. Entonces la causa hay que escudriñarla en el medio ambiente y en él combatir, porque sus efectos se sobreponen á la voluntad personal, por muy poderosa que sea. Y como consecuencia de este análisis otra vez nos encontramos cara á cara con el factor externo confirmando lo dicho al principio: que la solución del problema propuesto ha de investigarse en las condiciones del medio ambiente.

Pero si éste no existe porque nuestros predecesores no nos lo legaron, resulta la fatal sentencia de vivir condenados para siempre á la esterilidad en las ciencias matemáticas y experimentales. Reclúidos en un círculo vicioso, infiérese que, faltos de los imprescindibles antecedentes hereditarios, sólo la producción científica actual podría crear su medio de vida; pero como sin la previa existencia de éste aquélla no se logra, la consecuencia que de tales premisas se desprende es la condenación eterna al papel de repetidores.

VIII

Según la doctrina más aceptada por los modernos tratadistas, considéranse las sociedades como organismos de orden jerárquico muy superior á los individuos, pero regidos unos y otros, á pesar de sus diferencias, por idénticas leyes evolutivas. Adoptando este criterio, el círculo vicioso en que encerramos nuestra vida científica se convierte en el problema biológico que tanto preocupó á los naturalistas acerca de la prioridad del *órgano* ó de la *función*, y ya hoy resuelto, después de prolijas discusiones, en el sentido de que el primero es resultado de la segunda; pero determinándose ésta por el influjo de acciones estimulantes, llegamos otra vez á la conclusión que la primera necesidad del cultivo científico es preparar el medio social, acudiendo al alivio de su pobreza, primero con los cuidados de la atención pública y después con el concurso perseverante y creciente de colaboradores que se apasionen por la causa á que

consagran sus esfuerzos al ver que éstos ya no se pierden en el vacío.

Dice un escritor ingenioso, refiriéndose á nuestra patria: «En el templo del arte, no los que ofician de pontifical, el último monaguillo tiene su sotana de popularidad, que indebidamente le da prestigio; y, en cambio, en el sanedrín de la ciencia se encuentra poco menos que desnudo el sumo sacerdote»; y ante este desvío de la opinión pública, ¿cómo ha de ser posible la vida científica? Exigirla en estas condiciones equivale á pretender que las semillas germinen entre la nieve.

Se objetará que la obra de los sabios, precisamente por su carácter elevado, nunca tiene la aureola de la popularidad, lo cual es innegable; pero no lo es menos que aquélla tampoco puede sostenerse, por grande que sea el vigor con que la inicien espíritus privilegiados, si no existe un círculo de cultura que le preste su apoyo, la estimule con su atención y difunda después, con su autorizada propaganda, siquiera la noticia de su valor. Las siguientes palabras de Alfonso De Candolle expresan la misma necesidad: «Cuando un hombre oscuro, mediocre ó ignorante se enorgullece de ser compatriota de un sabio ilustre, primero causa risa; pero la reflexión advierte después que en tal vanidad hay un fondo utilizable, porque la opinión pública favorece la ciencia y conviene que se manifieste hasta por los órganos oscuros y de escasa importancia» (1).

Es indispensable, para que la función científica se revele con caracteres de persistencia, infundir en todas las clases sociales el concepto del grandísimo valor en que ha de ser estimada, elevando el nivel de la cultura general, á fin de saturar el medio ambiente de elementos plasmadores, que, en gradación jerárquica, formen los órganos de la vida intelectual hasta alcanzar el término supremo, constituido por las capacidades exploradoras de nuevas regiones del

(1) *Histoire des sciences savants depuis deux siècles, précédée et suivie d'autres études sur des sujets scientifiques, en particulier sur l'hérédité et la selection dans l'espèce humaine*, 1885, pág. 484.

conocimiento. Y no se alegue que la ciencia pura en la esfera de las altas investigaciones vive independiente de la cultura general sin necesitar de su apoyo en lo más mínimo, como acontece en Rusia, donde hay sabios muy eminentes en medio de un pueblo muy atrasado; porque si bien la observación parece exacta, en este caso y en sus análogos es menester advertir que los sabios sólo se logran á expensas de costosos cultivos artificiales, y como producción exótica viven siendo extranjeros en su propia patria, de la cual han emigrado en espíritu y emigran también corporalmente el día que el favor oficial los abandona, sin dejar rastros de la estancia entre sus compatriotas, porque nunca tuvieron con ellos comunión intelectual. En condiciones tales se forman sólo individuos, pero no especie, la cual es la que sobrevive á las contrariedades, mas no aquellos que cuando no pueden resistirlas son despojos total de la muerte. Los espíritus superiores engendrados en la plenitud de la vida psíquica de su patria, los que merecen llamarse altos representantes de la ciencia nacional son como las cristalizaciones que se originan en líquidos muy concentrados, las cuales en el seno del medio que las produjo continúan acrecentándose por el transcurso del tiempo, á la inversa de lo que acontece á las ya formadas al depositarlas en un medio diluído, que se disuelven y desaparecen.

IX

Es evidente que la formación del medio intelectual, de cuyo henchimiento han de surgir las manifestaciones geniales de la ciencia que naturalmente tenga sus raíces en la cultura patria, no puede ser obra de un día; demanda la lentitud de la producción orgánica que se desarrolla con regularidad por pequeños incrementos. Y para lograr el fin deseado no basta ir acumulando condiciones favorables, es menester, además, atenuar en lo posible aquellas que por su inmediato y directo influjo, ó por las desviaciones que ocasionen con ejemplos contraproducentes, enrarecen y

emponzoñan la atmósfera en que debe alentar la producción científica. Mucho aprovecharía que, en el grado que la riqueza pública lo consintiese, se la dotara de los mayores beneficios materiales, y que entre las clases aristocráticas conquistase algunos adeptos que con el prestigio de su posición social contribuyesen á honrar y ennoblecer los estudios experimentales, hoy aún algo menospreciados por las gentes que presumen de distinguidas, pero aprovecharía mucho más restringir el poder absorbente de la vida política, para la cual son todos los aplausos y consideraciones de la opinión pública.

En nuestra patria, el que es actor en los debates parlamentarios ó interviene con arte en el manejo de las pasiones políticas, disfruta los halagos de la notoriedad y por donde quiera que vaya encuentra voluntades que le rinden acatamiento y le estimulan á continuar en el desempeño de su papel; en cambio, el hombre sólo consagrado al cultivo del saber con el puro anhelo de alcanzar la verdad, por grandes que sean sus méritos, ve la indiferencia en todas partes. el ambiente que respira es siempre glacial y sólo un deseo vehementísimo de poseer lo que ambiciona puede sostenerle en su vida de abnegación, cuyo premio al fin y al cabo redúcese al íntimo goce de sus desposorios con la ciencia.

No se entienda la presentación de este contraste como acto de despecho, sino como crítica serena de la falta de equidad cometida por el juicio público al desatender en absoluto lo que supone excepcional capacidad y labor perseverante, y en cambio aplicar toda su atención á lo que sin duda alguna le interesa, pero preocupándole excesivamente, porque en el curso de la política hay mucho menos de realidad positiva que de conflictos de pasiones, los cuales, al perturbar los ánimos con sus dramáticas luchas, más oscurecen que iluminan los horizontes de la justicia y de la verdad.

Raciocinando desde este punto de vista dice De Cando- lle: «Quienes llevan la opinión pública por caminos diametralmente opuestos á los de la ciencia, no deben envanecer-

se de sus sabios compatriotas, porque la celebridad de éstos fué conseguida á pesar de los que después invocan sus triunfos. Cada uno antes de decir *nuestro* ilustre geómetra, *nuestro* gran naturalista ó *nuestro* célebre astrónomo, haga examen de conciencia, y sólo aquellos que en la medida de sus recursos contribuyeron á rodear de buenas condiciones la cultura científica podrán mostrarse orgullosos de los resultados» (1). La idea de esta inexcusable colaboración del medio social es la que conviene inculcar á todas las clases de nuestra patria para que presten su concurso al cultivo de la ciencia, y así cuando florezca y fructifique podrán llamarla *suya*.

X

Resta todavía examinar la importancia de un factor que algunos consideran capital en el desarrollo y caracteres de la civilización, pero que en mi concepto es muy secundario en el caso particular que en esta conferencia se dilucida. El factor á que aludo es el étnico.

Indudablemente, en la civilización humana en general el papel propio de cada una de las razas es asunto importantísimo; pero transportándolo concretamente al territorio recortado por los límites de una nación, queda reducido al de elemento integrante del medio histórico, en el cual se funde y amalgama tan por completo, que lo provechoso es determinar los caracteres de la combinación formada en su curso, al través de los siglos, como así lo hemos hecho, pero no los de los componentes, los cuales ya resultan sin valor por haber perdido su personalidad después de realizada la integración. Subsistiría la importancia del factor etnogénico en el caso de precisar cantidades relativas en las varias regiones que coexisten dentro de la unidad del Estado; pero no cabe en este bosquejo la prolija labor de las diferencias regionales.

(1) Obra citada, pág. 486.

En el problema étnico pueden considerarse dos aspectos: el físico y el psíquico. El primero todavía está sin relacionar de un modo seguro y positivo con las aptitudes intelectuales. El notabilísimo mapa del índice cefalométrico en España, trazado por el Sr. Olóriz, enseña que en nuestra Península existen la dolicocefalia, la braquicefalia y los tipos intermedios de ambos extremos; pero una y otra forma craneana no imprimen caracteres específicos en la obra intelectual de sus respectivos representantes. Dolicocéfalos y braquicéfalos son igualmente aptos é ineptos para el cultivo de las ciencias.

El aspecto psíquico de la cuestión étnica ya es tenido en cuenta por todos los historiadores, aunque difieren en la importancia que le conceden. Oliveira Martins lo tiene en tanto que no vacila en afirmar de la civilización ibérica, que «no obstante haberse moldeado en formas europeas tiene originalidad, procedente del conflicto y de la resistencia propia de los caracteres etnogénicos» (1); señalando entre éstos como predominante el semita.

En efecto, la estratificación sobre el suelo de nuestra Península de fenicios, cartagineses, árabes y berberiscos forma un contingente semita muy considerable; pero á pesar de sus grandes proporciones, no me parece muy fundado sostener que llegó á imponerse hasta el punto de transmitir su condición intelectual á las gentes hispanas. Su influjo sobre el carácter quizá pueda observarse sin necesidad de profundos sondeos; pero el ejercido sobre la inteligencia no lo creo tan fácil de señalar; antes, al contrario, lo que mejor puede evidenciarse es que los vencedores por las armas fueron vencidos después en el terreno de la civilización.

Según Renan (2), distingue á los pueblos semitas, entre otros caracteres, la ausencia de cultura filosófica y científica, y, por consiguiente, de espíritu analítico, el cual no

(1) *Historia da civilisacao ibérica*, pág. 32.

(2) *Histoire générale et système comparé des langues semitiques*, págs. 9 y siguientes.

puede desarrollarse porque no lo aguijonea el espíritu de la curiosidad. Pues nada de esto se advierte en la civilización arábica española, y así lo declara el autor á quien nos estamos refiriendo, al decir que «se abusa llamando *filosofía árabe* á la que fué tomada de Grecia, sin que jamás hubiera tenido raíces en la península arábica, á la cual no la une otro vínculo que estar escrita en la lengua allí hablada... lejos de ser producto natural del semitismo, simboliza la reacción del genio indoeuropeo de Persia contra el del Islam, es decir, contra uno de los productos más puros del espíritu semita».

Resulta de lo afirmado por el especulador de los estudios lingüísticos en sus relaciones con la crítica filosófica y religiosa de las literaturas orientales, que los árabes no semitizaron la civilización greco-latina de España, sino que ésta helenizó la de los invasores transformando radicalmente su espíritu; pero aunque esto no se supiera por los textos de su producción científica en nuestra patria, no podía menos de inferirse de los caracteres de la cultura española del siglo XVI, la cual en su aspecto científico pertenece al tipo europeo; y si hubieran sido de linaje semita sus principales generadores en su engrandecimiento, mostraríanse con mayor realce, y lo que la historia patentiza es precisamente lo contrario.

Con la alegación de estas consideraciones supongo demostrado lo que antes he dicho acerca del papel secundario del factor étnico, después de haber examinado los caracteres del medio social.

XI

Volviendo atrás la mirada para abarcar simultáneamente los factores psicogénicos de la vida intelectual de España, obsérvase con indudable evidencia que ni uno sólo de los de carácter permanente, cuales son el suelo, el clima y las condiciones orgánicas de la raza, puede conceptuarse desfavorable al desarrollo de la más alta cultura científica; antes al contrario, el medio natural es excepcionalmente

educador por su riquísima variedad, en la cual se compendia casi toda la del globo. La causa de nuestro atraso científico no está en defecto alguno congénito, sino en las circunstancias accidentales del proceso histórico que nos arrastraron al estado decadente en que hoy estamos sumidos, padeciendo la pobreza material y la espiritual unidas por los lazos solidarios con que siempre afligen á los pueblos cuando la adversidad se cierne sobre ellos. De los organismos superiores formados por colectividades puede decirse también, como de los individuales, *mens sana in corpore sano*, porque en su abatimiento producen á lo sumo rapsodias, repeticiones concienzudas, pero nunca obras originales, son incapaces para la concepción científica.

¿Será curable el estado de postración que hoy aqueja al pensamiento nacional? Por muy diferentes órganos se repite que en los horizontes de nuestra patria alborea un renacimiento que por la rapidez con que crece la intensidad de sus resplandores anuncia la vuelta de días luminosos, si no esclarecidos por el sol de las victorias militares, como lo fueron los del siglo XVI, por la luz de otros esplendores quizá no tan belicosos, pero cuya naturaleza se determinará en lo porvenir. El afán vivísimamente hoy sentido de reedificar nuestro pasado en todos sus aspectos puede interpretarse, no como acto senil que busca consuelo á su impotencia recordando el vigor de la juventud, sino como toma de posesión de la personalidad perdida para renacer con el tipo que le es propio.

No puedo resistir al deseo de transcribir las siguientes halagüeñas palabras de Oliveira Martins: «En muchos conceptos la historia contemporánea repite la antigua, en lo cual, meditándolo bien, nosotros los peninsulares quizá descubramos la prueba de la existencia de una fuerza íntima y permanente que, librándonos de la imitación de formas extranjeras, dé á la obra de la reconstitución orgánica de la sociedad carácter propio y sólido, por cimentarse en la naturaleza de la raza, y muy eficaz, porque corresponde mejor á las exigencias de la obra» (1).

(1) Obra citada, pág. 313.

Esta fuerza es la que en realidad ha de ir enriqueciendo el medio social para que de su seno pueda surgir la creación científica, rica en pormenores revelados por la Naturaleza á los que directamente se acerquen á interrogarla, genial en la doctrina formulada por los espíritus de alto vuelo que reducen á grandes síntesis los dispersos fragmentos de la investigación analítica, orgánica en los enlaces de los diferentes órdenes de ideas que habrán de constituir-la y reflejando en lo peculiar de sus caracteres los rasgos del espíritu nacional que con la persistencia de su estímulo ha fomentado su desarrollo. Entonces, con pruebas positivas, por segunda vez convenceremos al mundo de que, si estuvimos postergados en la producción científica, fué por defecto de condiciones accidentales, pero que fundamentalmente en nada somos inferiores á los pueblos que forman hoy la vanguardia de la civilización.

JOSÉ R. CARRACIDO.





PROBLEMAS CIENTÍFICO-RELIGIOSOS ⁽¹⁾

V

LAS FUERZAS FÍSICAS SON INCONSCIENTES Y NO GOZAN DE SUS EFECTOS; EL ALMA HUMANA, AUN EN SUS MANIFESTACIONES MÁS INSIGNIFICANTES, POSEE CIERTO DOMINIO DE SÍ MISMA, SIENTE EL LATIR DE SU CONCIENCIA, APRECIA LA SITUACIÓN QUE LE RODEA Y GOZA Ó PADECE EN ELLA.

Si grandes y palpables son las diferencias, en lo preinserto señaladas, entre las fuerzas físicas y las psíquicas, la que ahora vamos á exponer es de proporciones tan colosales que es comparable á la inmensidad del Océano que separa al antiguo y el nuevo mundo, ó, mejor dicho, al infranqueable abismo que media entre astros pertenecientes á diversas constelaciones, y por otra parte, goza de tal diafanidad, está circundada de tan brillantes resplandores, que sólo los que tengan ojos de ave nocturna pueden dejar de verla.

Con paso lento y reconcentrada mirada paséase al anoche- cer un hombre en reducida meseta contigua á un puerto, aspirando la salobre y fresca brisa marina; sus oídos experimen- tan sensaciones bien distintas: por una parte, el leve é indefi-

(1) Véase la pág. 479 de este tomo.

nido rumor que se advierte en poblaciones de poca importancia al llegar la hora de suspender el trabajo y retirarse cada cual á su morada, mezclado con el melancólico tañer de las campanas que llaman á los fieles á la oración, y es como avanzada que anuncia la presencia de la noche con su sombría é imponente grandeza; más allá, del fondo del valle sale otro rumor todavía más tenue, pero más armonioso y sublime, aunque de ritmo monótono: es el rumor producido por los raudales que serpentean por las laderas y fertilizan el valle, por el zumbido de los insectos, variado en cada especie, y que salen de sus cuevas á gozar de la magnificencia de *Aquel que con larga mano da á los animales el sustento conveniente y en el tiempo oportuno*; por el gemir de los vientos al cruzar por entre el follaje de los árboles y por otros mil sonidos no fáciles de puntualizar, pero que, adunados con los anteriores, forman sublime concierto ó eucarístico himno entonado al Creador por la naturaleza virgen.

Por otra parte, el Océano con toda su abrumadora majestad y grandeza haciendo ostentación de su inefable pujanza, rodeando y batiendo los cercanos peñascos como si fuesen baluartes enemigos, arremetiendo contra ellos con la osadía de lo inconsciente y la impasibilidad de lo inerte, viniendo una ola tras otra y todas en continuo avance, ora levantándose como para divisar mejor al enemigo y hacer más certera la puntería, ora ocultándose cual si quisieran librarse de la metralla enemiga, y con esta monótona marcha se aproximan á la costa, y haciendo el esfuerzo supremo se lanzan con todo su arrollador empuje contra el impasible peñasco, bramando como la fiera al arrojarse sobre la presa; retroceden luego rendidas, humilladas y deshechas á los senos del Océano, para desde allí ser de nuevo lanzadas con idénticos ó superiores bríos.

Esta lucha titánica de los mares contra los continentes, en que á la larga salen aquéllos vencedores, es el espectáculo más grandioso y arrobador que se presenta sobre la haz de la tierra.

Levanta los ojos el individuo del caso á la alta bóveda que corona nuestro planeta, y allí contempla silenciosas las estre-

llas, que aparentemente avanzan hacia el ocaso y van hundiéndose poco á poco en lo más lejano de los mares, no faltando alguna entre ellas que mientras los poderosos fulgores del rey de los astros no las eclipsan, brillan siempre sobre nuestro horizonte, asemejándose á ojos amigos que nos miran siempre alegres y vivaces cuando el ambiente es puro y diáfano, y con melancólica tristeza cuando nos encontramos envueltos por una atmósfera no limpia.

Si ahora añadimos aquel alternativo resplandecer y apagarse de la luz del faro, que en la obscuridad de la noche parecen continuados y profundos suspiros del agonizante que se despide del mundo, tendremos bosquejado á la ligera el cuadro grandioso y sublime que se exhibe á diario en las costas.

En el precedente mal perjeñado bosquejo hemos puesto en juego casi todas las fuerzas físicas, y en sus manifestaciones más soberbias y deslumbradoras, mientras que de las espirituales sólo aparece una y en su manifestación más humilde, pagando el tributo del descanso á la rendida naturaleza. Por manera que en la comparación todas las desventajas estarán de parte de las fuerzas psíquicas; y de intento hago esto para demostrar que si, aun concretándonos á los más ligeros destellos de la fuerza anímica, resulta incomparablemente superior á las físicas, *à fortiori*, con mucha más razón, resultarán al contemplarlas cerniéndose sobre todo lo material y sensible en los radiantes horizontes de la especulación y del cálculo, y en el altísimo y deslumbrador cielo de la inspiración.

Cierto que el hombre, ese ser insignificante en la apariencia, cuyas dimensiones materiales apenas merecen tenerse en cuenta y cuyos movimientos y esfuerzos musculares son fracción infinitesimal de los existentes en la naturaleza, se encuentra rodeado por todas partes de esos alardes grandiosos de fuerza y materia que confunden con lo inconmensurable de su grandeza; pero si dejando la corteza pasamos á saborear lo más substancioso por ella encubierto; si dejando el espejismo de las apariencias nos concretamos á la severa realidad; si dejando la superficie y ahondando en el estudio de los fenómenos nos internamos hasta colocarnos en lo más profundo

del ser, y allí, á la luz, no ya divina de la fe, sino únicamente de la razón natural, contemplamos el cuadro de la creación, ¡cuán grande y esplendorosa se destaca la figura del hombre, y cuán menguada la del mundo material!

Insistiendo en el anterior ejemplo, cierto que la atmósfera vibra á impulsos de los rumores procedentes del valle y del tañer de las campanas y del murmullo de los moradores del puerto y del zumbido de los insectos y del incesante bramar de los mares y del continuo estrellarse de las olas contra los peñascos de la costa; cierto que á las vibraciones del ambiente, y sin confundirse con ellas, acompañan otras más delicadas y sutiles, etéreas, originadas por el arco voltaico del faro y el brillar de los astros que exornan el firmamento y poseen tan poderosa fuerza que impresionan nuestra retina con sus desvanecidos y tamizados fulgores, no obstante hallarse separadas de la tierra por millones de leguas de distancia. Mas también es cierto que las estrellas iluminan al valle y al mar, y no ven lo que en ellos existe; es más, derraman á raudales sus hebras de luz ó, mejor dicho, á mares, porque de cada astro salen océanos de luz que se difunden en todos sentidos y llenan los espacios interestelares, y las estrellas no se dan cuenta de su inmensa grandeza, no tienen conciencia de las colosales fuerzas con que la naturaleza las ha dotado. El mar agítase y revuélvese; va y viene; levanta sus ondas, como si le pareciese mezquino á su formidable pujanza el lecho en que descansa, y luego, como avergonzado de tan necia altivez, se hunde en sus profundos senos; los vientos rizan su superficie; los astros le iluminan con sus rayos, y en sus entrañas yacen ocultos y se mueven multitud de seres, y el Océano de nada de esto tiene noticia, todo pasa para él como si no pasase.

Del fondo del valle levántase el suave murmullo del serpear de los arroyos, del susurrar de las hojas y el mecerse de los tallos; desprénlese la apacible y fresca fragancia de las plantas que todavía conservan su virginal pureza y no han sido ajadas por influencias extrañas y sometidas á la destilación en el alambique, y el valle y los raudales y las plantas, ciegas de nacimiento é inconscientes por naturaleza, de nada

de lo que en su derredor pasa, es más, de lo que en ellas y por ellas se realiza, se percatan.

¡Cuán de otra manera obra *la fuerza espiritual* encerrada en aquella figura microscópica que suponemos recreándose en la cima de un picacho colindante con el mar! Sólo ella se da cuenta de la situación y abarca con su potente mirada la tierra, el mar y el cielo; ella sola es la que con superior poder eslabona y funde en una sola y espiritual idea cosas tan separadas y diversas; ella sola percibe las bellezas y encantos de aquel grandioso cuadro y oye las delicadas melodías de aquel colosal concierto; ella sola es la que goza y disfruta de las armonías de los valles, de la fresca brisa del mar y de la tibia luz de las estrellas, por manera que las fuerzas físicas no obran para sí, no gozan de sí mismas ni de los efectos de sus compañeras: son esclavas y de la peor condición, pues ni un solo momento pueden aprovecharse de sus energías y trabajos; todos están dedicados á complacer á la única *señora* capaz de disfrutarlas, á la fuerza espiritual, la cual, no sólo se entera de todo y de todo disfruta, sino que también sabe y conoce perfectamente que ella es única en el comprender y en el gozar de las fuerzas físicas de la naturaleza.

Y es tan soberano su poder, que cuando así le conviene ó le agrada salta por encima de todos los objetos que le rodean y traspasa los mares y salva las fabulosas distancias que nos separan de los astros y se pasea como en tierra propia por el obscuro *más allá* de los mares y de las estrellas, y posee senos tan profundos que en ellos reúne, no ya simplemente la tierra y el mar y los astros todos que tachonan la bóveda celeste y fulguran en las profundidades del espacio, sino que luego los agranda y centuplica, los coloca en diversas posiciones, les hace voltear con vertiginosas velocidades, los compara y los estudia, les priva de todos los detalles, dejándolos en su pura esencia; en una palabra, abarca todo lo existente y posible y tiene ciencia de su soberanía y poder y disfruta de ella; nada de lo cual tienen las fuerzas físicas, que, como verdaderas esclavas, todo lo que tienen y todo lo que hacen no pueden disfrutarlo ellas mismas, sino tienen que dirigirlo á beneficio de su señor; de las hebras de luz de las estrellas, de los áureos

rayos del sol y de la pálida luz de la luna y de la fresca brisa del mar y del murmullo de los arroyos y de la frondosidad de los bosques, sólo el hombre en último término goza; luego las fuerzas físicas, no obstante su potencia, son esclavas de la fuerza espiritual, y entre unas y otras se alza colosal muro que va creciendo en sus gigantescas proporciones á medida que crece la verdadera y sólida ciencia.

Y si no fuese tan serio todo lo relacionado con la espiritualidad y último fin del alma humana, sería cosa de tomar á risa los ridículos alardes de los pseudo-científicos cuando, subiéndose furtivamente á la cátedra de los Descartes, Newton, Leibnitz y Ampere y ahuecando la voz para no ser conocidos, ofician de pontífices de la humanidad y predicán con vano entusiasmo, hijo de abyectas pasiones y disfrazada ignorancia, que la humanidad entera con todos sus sabios ha estado siglos y siglos en no interrumpido delirio; que ya ellos han arreglado las cosas de otra manera y que el alma humana es en todo idéntica á la del perro ó la del *asno*, y aún más: que el alma humana no se distingue más que aparentemente de una piedra que rueda, de un péndulo que oscila, de un gas que vibra, etc.

Repito que si el asunto no fuera tan grave, sería cosa de reirse de tan fatua arrogancia, como se reirían los defensores de un castillo al ver á ignoto *cabecilla*, con ínfulas de Alejandro, arengando á una turba de enanos y blandiendo reluciente espada con la que pensaba allanar la fortaleza y después cortar con sus acerados filos á toda la aguerrida guarnición, olvidando el insensato que, por muy bien templada que esté una espada, si choca contra un muro, cuanto con más furia se acometa, más pronto salta hecha mil pedazos.

En vano los impíos afilan y templan sus espadas para acometer contra la secular é inmovible roca de la verdad católica.

VI

SOLUCIÓN DE LA OBJECCIÓN HECHA Á LA ACTIVIDAD DEL ALMA HUMANA, TOMADA DE LOS PRINCIPIOS DE LA CONSERVACIÓN DE LA ENERGÍA Y DE LA MATERIA.

Reseñadas ya las principales diferencias existentes entre la fuerza anímica y las fuerzas físicas de la naturaleza, por las cuales resulta claro como la luz del mediodía y visible para todos los que no tengan enfermos los ojos que distan *toto caelo* la una de las otras y la imposibilidad absoluta de confundirlas, á no querer ir contra la evidencia, voy á exponer una dificultad muy traída y llevada por los heterodoxos y que conceptúo digna de especial estudio, porque la inmensa mayoría de las que en esta materia suelen presentarse por los anticatólicos, si he de llamarlas por su verdadero nombre, son sencillamente burdos errores.

Pongo por ejemplo el argumento de Moleschott: «sin fósforo no hay pensamiento; luego el fósforo es la causa del pensamiento»; y el otro de Carlos Vogt: «el cerebro segrega el pensamiento, como el hígado la bilis y los riñones la orina».

Voy, no á refutar, pues no merecen los honores de la refutación, á hacer ver que los dos citados aforismos materialistas son, por lo menos, lamentables equivocaciones de los que por primera vez los profirieron y de los que con elogio todavía los toman en la boca.

Supongamos que se está haciendo la autopsia del cadáver de un hombre que minutos después de espléndido banquete se levanta la tapa de los sesos, por médicos peritísimos en materias quirúrgicas, rodeados de varios curiosos, y que al abrir la jaula torácica y ver el estómago con los alimentos tal cual fueron introducidos, sin señal alguna de digestión, uno de los circunstantes, dándose un golpe en la frente y como quien sale de un error por la evidencia de un hecho, dijese: «Toma, ahora me lo explico yo todo: el órgano de la digestión son los sesos, pues desde el momento en que saltaron de la

cabeza del desgraciado, la digestión no existe y estómago no le falta».

¿Cómo calificaríamos al que así discurriese? Por mi parte me fijaría en los ademanes y todo su continente por si barruntaba por el extravío de la mirada ú otra causa análoga señales de locura y, en caso de no encontrarlos, le calificaría de *mente-cato*, ya fuese un criado cuya instrucción se redujese á la que puede recibirse fregando pisos, sentado en el pescante de un coche ó corriendo por las calles de la población, ya fuese el más encopetado de los médicos, doctor por las Universidades de Madrid, París y Berlín y miembro y aun presidente de todas las Academias y Ateneos, Liceos, etc., habidos y por haber. Pues bien, con la misma razón diríase que los sesos eran la causa de la digestión, porque sin ellos ésta no existía, que Moleschott dice que el fósforo es la causa del pensamiento, porque sin él no existe.

Lo de que el cerebro segregue el pensamiento, como el hígado la bilis y los riñones la orina, es tan descomunal disparate é indica tal ignorancia de la fisiología en su autor, que hasta los mismos materialistas se avergüenzan de tan vulgar aserto y tratan de explicarlo diciendo que no debe tomarse tal cual suena y el rigor científico aconseja, sino como un símil material en demasía. Pero en vano se esfuerzan en dar explicaciones cuando la mente del autor se conoce con evidencia.

El suponer que el pensamiento es una secreción del cerebro es suponer que las ideas entran envueltas con los alimentos y antes de llegar al cerebro se han digerido en el estómago, de lo cual se infiere que la sociedad ha sido muy necia al coronar con los laureles de la fama á los sabios y artistas y en conservarnos sus sublimes producciones; á los cocineros de Platón, San Agustín, Santo Tomás, Dante, Murillo, Beethoven, etc., era á quien se debía venerar hoy como á los dioses de las ciencias y de las artes, pues supieron condimentar tales guisos que entre ellos entraron los grandiosos conceptos é inspiraciones sublimes que los cerebros de sus amos se encargaron después de segregar.

Es más, la única *ciencia* importante, dado el monstruoso

supuesto de Carlos Vogt, sería la culinaria, puesto que de ella dependerían todos los progresos científicos de la humanidad, y el mayor de los descubrimientos históricos sería el averiguar la clase de alimentación y la manera de aderezarla, tanto de los grandes genios que se registran en la historia como del número *infinito* de los necios en quienes nadie se fija, para adoptar y prescribir la primera y prohibir estrictamente la segunda en todos los países amantes de los esplendores de la civilización.

Y, francamente, muy perniciosa debe de ser la alimentación presente, cuando son tan pocos los cerebros que segregan obras artísticas y científicas dignas del bronce y del oro, mientras se encuentran millones que segregan *majaderías* y *sandeces*... Mas no demos importancia á lo que de suyo no la tiene, y vamos á exponer la única dificultad científica existente en la materia y dar la solución que más nos satisface.

«En el mundo hay una cantidad fija y determinada de fuerza y de materia que se halla distribuída en los espacios en virtud de leyes físicas y por ende fijas é invariables; de la mutua acción de unas sobre las otras resulta la armonía y concierto del universo entero; si en alguno de los puntos del espacio hubiera aumento ó disminución de materia ó de fuerza, la armonía y concierto de los mundos se habría roto, así como para convertir la sinfonía más acabada en desapacible murga basta que un instrumento dé las notas más altas ó más bajas de lo que debe.

»Por lo tanto, si el alma humana fuese una fuerza distinta de las demás de la naturaleza y no procediese de ellas, siempre que un hombre viniese al mundo habría un aumento de fuerza en nuestro globo, y siempre que un individuo abandonase este mundo habría una disminución y, por consiguiente, el orden que se advierte en la Naturaleza sería imposible.»

Creo haber presentado la objeción con toda su fuerza y se me antoja, quizá con falta de modestia, que hasta con mayor relieve del que acostumbran á darle los materialistas. Sin perjuicio de resolver luego la dificultad suponiendo verdaderas las premisas, pues me he propuesto conceder los honores de

verdaderas teorías á lo que no pasa de meras hipótesis, á mayor abundamiento, quiero de pasada hacer algunas observaciones sobre el particular.

Lo de que las leyes físicas sean fijas é invariables debe entenderse bien para no deducir de esta afirmación consecuencias muy ajenas á ella, como el negar la posibilidad de los milagros y la que al presente nos ocupa. Sólo son fijas é invariables las leyes físicas en el sentido de que se cumplirán mientras una fuerza extraña á ello no se oponga. Ley física es que la piedra se mueva hacia el centro de la tierra si se le quita el punto de apoyo, y se verifica siempre que una fuerza superior no lo impide; verbigracia, cuando un niño la coloca en la honda y la lanza á lo alto, mientras va subiendo por los aires la ley no se cumple. Ley física es que la luz se propaga en todos sentidos, es decir, que si ponemos una luz en medio de una habitación cuadrada, todas las paredes quedan igualmente iluminadas; pero si un individuo pone una pantalla á un lado cualquiera de ella, la ley deja de cumplirse mientras no desaparezca el tropiezo puesto á la propagación de los rayos luminosos. Ley física es que un péndulo puesto en movimiento oscilatorio vaya perdiendo constantemente en amplitud el ángulo formado por dos de sus posiciones extremas, y que al cabo de algún tiempo quede en reposo, debido á los roces; pero esta ley deja de cumplirse en el momento en que se le añade una nueva fuerza distinta de la de oscilación, por ejemplo, los empujes suaves de un niño que se pone á jugar con él, solazándose en verle oscilar. De aquí que cuando se quiere hacer experimentos acerca de una ley física es preciso colocarse en condiciones tales que no puedan causas extrañas perturbar los fenómenos.

Luego la invariabilidad y fijeza de las leyes físicas es condicional, y hasta tal punto que no sólo la omnipotencia del Creador, sino también la *debilidad* de la criatura puede suspender sus efectos. No concibo cómo ha habido y hay quien niegue la posibilidad de la intervención de Dios en la naturaleza por la invariabilidad de las leyes físicas. Si un hombre se desprende de lo alto de una torre, en virtud de la gravedad se estrellará contra el suelo; mas si desde una de las ventanas de

la torre un individuo, con fuerzas de titán, sacase los brazos y en ellos le detuviese, la ley de la gravedad habría dejado de cumplirse en este caso.

Ahora bien, si en vez de los robustos y forzudos brazos del titán hubieran sido los invisibles de la omnipotencia de Dios, tendríamos un milagro. ¿Y habrá todavía quien teniendo ojos en la cara y una chispa de luz en la inteligencia se atreva á negar la posibilidad de los milagros y la intervención del Creador en las criaturas?

Que si en alguno de los puntos del espacio hay aumento ó disminución de materia ó de fuerza, ya por eso se ha roto la armonía de los mundos, no creo puede afirmarse tan en general y sin restricción alguna. El mismo símil puesto para dar plasticidad y relieve á la idea podemos utilizarlo para demostrar su falsedad.

Cierto que una sinfonía pasa á ser un conjunto de sonidos insoportables con que uno ó varios instrumentos den más altas ó más bajas las notas de lo que les corresponde; pero también es cierto que una sinfonía, sin dejar de serlo, admite aumento y disminución de instrumentos, sustitución de unos por otros, y con el mismo canto acompañamientos distintos; es claro que si se hacen variaciones en la instrumentación de la sinfonía, dejará de ser la misma, pero no por eso se verá privada del carácter general de sinfonía y de música armoniosa y agradable al oído, á no ser que los cambios se hagan á tontas y á bobas por mano inexperta en materias musicales.

Y aplicando el símil á la armonía de los mundos puede perfectamente aumentarse ó disminuirse la materia y la fuerza en uno ó varios de ellos, sin que dejen de formar conjunto armónico, aunque distinto del anterior, sobre todo siendo la sabiduría infinita del Creador la encargada de introducir las modificaciones.

Pero nada; quiero ser complaciente con los materialistas, dándoles de barato que no se puede en la naturaleza aumentar ni disminuir la materia y la fuerza en ella existentes, y aun así, nada podrán lógicamente deducir en contra de la espiritualidad y actividad del alma humana.

El alma humana ni es materia ni fuerza *física*; es una substancia á la que ni la ley de la gravedad encadena, ni en ella aparecen fenómenos térmicos, lumínicos y magnéticos, ni por ella circulan corrientes eléctricas, ni se gasta por el uso; en una palabra, es cosa, como ya se ha demostrado, completamente distinta de todas las fuerzas físicas. Es un ser, no obstante, dotado de fuerza, pero de otro orden superior, que no es componente del sistema de fuerzas que impulsa á los seres materiales del universo, y por lo tanto este sistema en nada se altera aunque aparezcan y desaparezcan á millares esas fuerzas, con las que nada tiene que ver.

A granel pueden citarse ejemplos de sistemas independientes de fuerzas, que, por lo mismo, en nada influyen unos en otros.

Supongamos que un buque de guerra se hace á la mar llevando á bordo un batallón de cuatrocientas plazas. La gravedad, la resistencia del agua á ser cortada, la acción de las olas, el empuje de los vientos y la tensión del vapor, con otras fuerzas de menor cuantía, forman un sistema cuya resultante es el movimiento del buque. Dentro, é independientemente de éste, existe un número considerable de fuerzas que en nada influyen en el principal que conduce al buque á otras playas. Si, para *matar el tiempo ó hacerlo*, se pone parte de la oficialidad á jugar al billar, los tacazos más ó menos fuertes y que las bolas corran ó dejen de correr en nada modifican la velocidad y dirección del buque; si la banda comienza á ejecutar una pieza musical, si varios pasan el rato haciendo esgrima y otros paseándose sobre cubierta y otros se retiran al camarote á pagar el tributo debido á Morfeo, etc... como todos éstos son sistemas independientes entre sí y del principal, no hay entre ellos mutua influencia alguna.

El buque, con el movimiento resultante de las fuerzas antes referidas, es el universo con el movimiento originado por el sistema compuesto de las fuerzzas físicas de la naturaleza, y así como dentro del buque van otras fuerzas formando sistemas independientes que pueden aparecer y desaparecer sin ser perturbado el principal, así dentro del universo material van los espíritus constituyendo cada cual un sistema in-

dependiente, que puede aparecer y desaparecer, sin que padezca alteración alguna el sistema de fuerzas físicas del mundo.

Si el espíritu humano no descendiese de la encumbrada región de las ideas y siempre se cerniese sobre lo corpóreo y sensible, viviendo una vida completamente independiente de la materia, la solución nada dejaría que desear; pero el hecho es que en el hombre no hay un solo principio de acción y que el hombre se halla sometido en muchas cosas á las leyes físicas; en él se verifican reacciones químicas, por él pasan á veces corrientes eléctricas, en su organismo se realiza continua combustión con el correspondiente desprendimiento de calor, todos los movimientos de su cuerpo son mecánicos, etc... y por lo tanto, el alma no forma un sistema independiente de las fuerzas físicas de la naturaleza.

El espíritu y el cuerpo humano forman un solo principio de acción, en virtud de la unión íntima, *substancial*, entre ellos existente; pero esta unión no es de tal naturaleza que haya habido una *fusión ó combinación química* de las propiedades de cada cual, de suerte que las del uno pertenezcan al otro; del enlace del alma con el cuerpo resultan propiedades peculiares del compuesto, como la de sentir, y le quedan otras al alma exclusivamente suyas é incomunicables al cuerpo, como es la de entender, y el cuerpo se reserva otras privativas suyas, como la de la gravedad y la de ser divisible en partes. Y no se diga que el hombre es divisible en partes, puesto que para que esto con verdad pudiera afirmarse sería preciso que al cortar, por ejemplo, un dedo, se cortase una parte del compuesto, es decir, del cuerpo y del alma, y nadie pondrá en tela de juicio que ésta permanece tan *íntegra y una* después de la amputación como era antes.

Luego no hay duda que en nada perturbarán las leyes físicas las almas, por mucho que discurran, combinen y conciban, mientras se muevan en la esfera de las ideas; en ella gozan de omnímoda independencia y libertad. Asimismo, y con mucha más razón, nada resultará contra las leyes físicas de las acciones peculiares del cuerpo, puesto que á ellas se hallan subordinadas.

¿Sucederá lo mismo en las operaciones del compuesto? Indudablemente, porque en esta clase de operaciones hay que considerar dos cosas: una, la parte material que se verifica en el organismo é influye en los seres que nos rodean y se halla sometida á todas las leyes físicas, y otra parte puramente espiritual, realizada allá en el fondo del alma, que trasciende todas las leyes mecánicas y vive independiente de ellas.

Apliquemos estos conceptos á un caso práctico. Allá, á lo lejos, dispárase un cañonazo; de la boca del cañón parten una serie de ondas sonoras que se extienden en todas direcciones y llegan á nuestro oído; hacen vibrar el tímpano, y, por fin, el alma siente el cañonazo y en esta sensación puede verse un signo fausto si anuncia la llegada de tropas vencedoras después de arrojar del patrio suelo al que había querido hollar nuestra bandera, ó nefasto si es el primer disparo de sangrienta y fratricida lucha.

La primera parte del fenómeno consiste en ondas que avanzan por el aire, penetran por el oído y ponen en movimiento vibratorio una porción más ó menos considerable del humano organismo, requisito necesario para que se verifique la sensación, y está en todo sometida á las leyes mecánicas; mas la última parte, ó sea el acto de sentir y apreciar el fenómeno externo, *en nada depende de las leyes físicas, ni nada influye en ellas.*

Si obedeciese á leyes físicas, no podría el cañonazo producir distintos efectos, porque las mismas *componentes* dan siempre la misma *resultante*, obrando sobre un mismo punto; luego siendo la impresión en el nervio acústico la misma, la resultante de ella será siempre la misma, lo cual está en abierta oposición con la cotidiana experiencia. ¡Qué sensación tan distinta experimenta un individuo cualquiera al oír la palabra «ha muerto» cuando se refiere á la madre cariñosa, de la experimentada cuando con ella se alude á un bicho cualquiera de la casa.

Es más: hay veces en que se verifica la parte material de la sensación sin verificarse la parte espiritual. Hállanse dos individuos conferenciando en voz baja sobre graves asuntos, y por la calle, escapados y dando penetrantes gritos, pasan los

vendedores de periódicos anunciando su *mercancia*; los interlocutores no pierden una sola de las palabras que mutuamente se dirigen, y en cambio no han sentido el barullo y voces de la calle, á pesar de ser la impresión material producida por éstas en el organismo bastante más fuerte que la producida por las silenciosas palabras de los conferenciantes.

Si se analiza físicamente el fenómeno, se observará en todas sus fases el predominio del movimiento vibratorio originado por los sonidos, que en nada interesa á los interlocutores del caso, sobre el ocasionado por su conferencia, y, sin embargo, éste produce completa la sensación, mientras aquél se queda en el vestíbulo, no pudiendo penetrar en el templo del espíritu, sin que le valga el llamar con más fuerza.

Entiéndase bien que lo dicho no significa que las vibraciones en un caso pasen del cerebro al alma y en el otro se queden estacionadas, no; en ambos casos las vibraciones continúan su camino indefinido, bien sea por el mundo de la materia ponderable, bien por el de la imponderable, transformadas en rayos de calor ó corrientes de electricidad. Ni más ni menos que si dos llaman á una puerta y al uno se le responde y el otro no obtiene más contestación que la del eco, las vibraciones producidas por los campanillazos recorren el ciclo forzado de todo movimiento de suyo independiente, bien haya salido á la puerta la criada, bien haya continuado en sus ordinarias faenas, con desesperación del que una y otra vez pone en movimiento la campanilla, sin conseguir que una sola se le abra la puerta.

Que atienda ó no atienda el alma, que se verifique la sensación ó no se verifique, las vibraciones y movimientos de los órganos humanos seguirán todas las leyes mecánicas, sin exceptuar *la de la conservación de la energía*.

Firme en mi propósito de sensibilizarlo todo, voy á aclarar los anteriores conceptos por medio de un símil material, y que, como todos los de su clase, no es perfecto y aplicable en todas sus partes.

Un maquinista está al frente de una máquina de vapor de quinientos caballos; esta energía la distribuye según las horas y necesidades, y, en una palabra, según bien le parece, ya en

la fabricación de armas, ya en la de muebles de madera, ya en la de telas, ya en la de pastas, ya en la molienda de trigo, café, cacao, etc.

Acostúmbrase decir del que está en todos los asuntos de una casa, dirigiéndolos y ordenándolos á determinado fin, que es el alma de ella; al maquinista de nuestro ejemplo le cuadra perfectamente la común y familiar frase, porque efectivamente, él ordena y encauza aquel caos de máquinas y transmisiones, que esperan el colosal empuje del chorro de vapor para comenzar su tarea cotidiana, y éste á su vez, revolviéndose en los ocultos senos de la caldera, espera también el movimiento del *regulador* para lanzarse por el primer resquicio al *cilindro*, y allí ostenta orgulloso la grandeza inmensa de su hercúlea fuerza haciendo despertar de su profundo sueño á toda la maquinaria.

Aquí aparecen dos sistemas de fuerzas *mecánicamente* independientes y que, no obstante, tienden á un mismo fin, y una sin la otra no pueden realizarlo; el maquinista, con sus débiles fuerzas, no puede poner en movimiento los aparatos de la fábrica, y el vapor por sí solo no puede comenzar el movimiento, ni después de comenzado plegarlo á las necesidades y conveniencias de la fábrica, y con el concurso de los dos aparecen los apetecidos artefactos.

En el efecto mecánico producido por el concurso de los referidos dos sistemas de fuerzas aparece sólo uno de ellos, el del vapor; por manera que hay equivalencia mecánica entre el vapor consumido y los productos elaborados. La parte que ha tomado el maquinista en el efecto no figura para nada en esta equivalencia ó igualdad mecánica; y es más, si á ella sola se atendiese, se diría que el maquinista nada había influido en los productos, porque, pasando al lenguaje algebraico, tendríamos $x + y + z + \dots = 500 \text{ caballos de vapor}$, es decir, x armas fabricadas, mas y muebles construídos, mas z pastas elaboradas, mas... igual á los quinientos caballos de fuerza producidos por el vapor. Que el maquinista haya usado para mover el *regulador* toda la fuerza de sus músculos ó lo haya hecho con ligero impulso de la mano ó por sólo un acto de su voluntad, nada quita ni pone en los efectos fabricados, y, sin

embargo, su cooperación es esencial en la elaboración de los productos de la fábrica.

Hé aquí un símil que explica á maravilla cómo el alma obra en todas las operaciones del compuesto y su actividad es necesaria para la realización de las mismas, sin que al propio tiempo tome parte alguna en la *resultante mecánica* de dichas operaciones, y, por lo tanto, cómo se compagina que el alma goce de libérrima actividad sin que las leyes físicas padezcan el más mínimo detrimento.

Puesto que el espíritu humano, al poner un acto cualquiera —á excepción de los puramente espirituales— se vale siempre del organismo fisiológico, al modo que el maquinista se vale de la maquinaria, y así como en la fábrica había siempre equivalencia mecánica entre los productos y el valor consumido, aquí lo hay entre los actos y la energía muscular nérvea, ó la que se le antoje á los fisiólogos consumida, que variará indudablemente con la diversidad de actos.

Que haya equivalencia mecánica entre el fósforo quemado, el calor desarrollado, los glóbulos rojos y sustancia gris consumidos y los actos humanos puestos, no prueba nada en contra de la actividad del alma humana y la participación tomada por ella en los referidos actos, así como no excluía la existencia del maquinista la equivalencia mecánica entre los productos fabricados y el vapor consumido.

De donde se deduce que, aun concediendo á los materialistas todo lo que quieren y algo más, no consiguen atenuar en lo más mínimo el fulgurante foco de vivísima luz que llena de resplandores la creación entera y que sirve de faro esplendoroso en medio del océano inmenso de los mundos. Sin el espíritu, el universo con sus innumerables y colosales esferas de luz sería un caos donde tendrían su trono la contradicción y el absurdo, imperando como únicos señores en todos los anchurosos ámbitos de la ciencia.

VII

EPÍLOGO

Hora es ya de echar una ojeada, siquiera sea á la ligera, sobre el largo camino recorrido, recordando lo más principal presentado á la vista del lector durante el trayecto.

La teoría atómica, y mejor atómico-mecánica, puesto que en ella todo se trata de explicar por el movimiento de los átomos, con su opuesta donde las fuerzas son las encargadas de realizar todos los fenómenos del universo, es la que en primer término aparece como base de lo que en adelante se había de decir. A la vez que se expusieron los luminosos principios de la conservación de la energía y de la materia, se hizo notar cómo eran ya aceptados desde tiempo inmemorial por los teólogos católicos, que usaban de la sacramental frase, especie de axioma por todos admitido: «Dios no aniquila nada de cuanto de sus manos salió», y «ya no se dan nuevas creaciones». Fundándonos en estos nuevos principios, se demostró la necesidad de la existencia de Dios, combatiendo con irrefragables argumentos matemáticos y físicos el absurdo Aquiles del materialismo, la materia y la fuerza eternas é infinitas.

Pasando luego á la actividad del alma, se hicieron palpables las diferencias esenciales existentes entre las fuerzas físicas y psíquicas, acudiendo para esto á las teorías físicas que más privan.

Se hizo observar, al resolver una dificultad, que no sólo no se puede demostrar la unidad de las fuerzas físicas, sino que, por el contrario, existen poderosísimas razones en contra, resultando únicamente sostenible la *semejanza y equivalencia* de dichas fuerzas. Y, por fin, se ha explicado cómo la actividad del alma humana no altera en nada el orden y concierto establecido en el universo, ni las leyes físicas de la conservación de la energía.

FR. TEODORO RODRÍGUEZ,
Agustino.



PESQUISAS FORESTALES

Y NIMIEDADES URBANAS DEL LITORAL LUSITANO (1)

Saliendo de Coimbra por la línea de Alfarelos y Amieira que, hasta Lisboa, es la que más se aproxima á la costa, se se llega pronto á Figueira da Foz. Á la salida de aquella ciudad, y atravesando el puente sobre el Mondego, se descubre á la izquierda una finca extensa de labor muy esmerada con espaciosos y bien construídos edificios en el centro. Es la Escuela de Agricultura. En Santo Aleixo, estación anterior á Figueira, comienzan á verse ya muchas balsas salineras que continúan hasta esta última población, apareciendo también en los cuetos y tesos gran número de molinos de viento de igual clase que los de Espinho.

Situada Figueira en la desembocadura del Mondego, se forma en este punto un dilatado estuario. La población ha crecido mucho con la afluencia de bañistas. Toda ella puede decirse que es de construcción moderna. Las casas tienen dos y tres pisos, con buenas habitaciones. La estación del ferrocarril está en un extremo, y desde ella parte un tranvía que cruza la población á lo largo y corre en parte de su trayecto

(1) Véase la pág. 449 de este tomo.

por la orilla de los muelles, en los que hay atracados siempre muchos barcos.

La playa, la más concurrida hoy de Portugal, está situada al extremo opuesto de la población, á corta distancia del faro. Afecta la forma de media luna y es muy extensa. En vez de casetas se usan marquesinas blancas, de las que sale poco menos que en porreta á las horas del baño una muchedumbre de bañistas de ambos sexos. El golpe de vista que presentan las doscientas ó trescientas tiendas que á veces se instalan, formando calles regulares y simétricas, es muy bonito. Parece aquello un campamento militar. En la población hay, además, baños calientes (*banhos quentes*), plaza de toros, varios casinos, dos elegantes teatros, una plaza con lindos jardines, un mercado moderno muy amplio, paseos y buenos hoteles. La vida es económica y la colonia española muy numerosa, y aunque algunos se quejan de su desenfado y carácter por demás bullicioso, bien puede calificarse la falta de pecado de la lentaja, porque por algo salen los bañistas de su casa á volar la ribera, y seguramente que no será para entregarse á ejercicios ascéticos y luctuosos.

Desde Figueira pueden hacerse excursiones en tranvía á la fábrica de vidrio, á las minas y otros sitios donde se goza de una hermosa vista sobre el mar.

V

Dunas entre los ríos Mondego y Liz.—El pinar de Leiria y sus arenales.—Orden para los aprovechamientos establecidos en dicho pinar.—El *Ingenho* de Marinha grande y las fábricas de productos resinosos.—La fábrica de cristal y vidrio.—Singularidad de las dunas de Pataias.—Dunas de Aceche, Senhora de Victoria y Peniche.—Caldas de Rainha; los baños y la fábrica de cerámica artística dirigida por Bordallo.

Desde el paralelo de Mira, que está al Sur de Aveiro, hasta el cabo Mondego, en la desembocadura de este río, hay una vasta extensión de dunas que cubren 13.000 hectáreas. Esperando están que les llegue el turno de sujeción y cultivo que tanto han menester. No acaba aquí la duna, sino que continúa

á lo largo de la costa desde el Mondego hasta el Liz, ocupando unas 8.500 hectáreas. Comprende dos secciones, una desde la *foz* del Mondego hasta el pinar de Pedrogan, con 7.500 hectáreas, y otra desde el indicado pinar hasta la *foz* del Liz, cuya superficie viene á ser de 1.000 hectáreas, y en la cual han sido objeto de cultivo 156 junto al pinar antedicho, 206 en este mismo pinar y 180 cerca del Liz; en junto 542 hectáreas. El coste de esta repoblación ha sido, por hectárea, de 305,50 pesetas. Los trabajos de igual clase verificados en la primera sección comprenden 219 hectáreas junto á la *foz* del Mondego, 361 en la parte del litoral, para defender de la invasión de las arenas el pinar de Urso, que tiene 1.000 hectáreas de cabida y dista tres kilómetros del mar, 142 en Leirosa y 66 en Lavos, ó sea un total de 788 hectáreas. El coste medio del cultivo en este grupo ha sido de 426 pesetas. Los trabajos comenzaron en 1876. En la otra sección dieron principio el año 1887.

Cruzado el Liz, y siguiendo siempre hacia el Sur, se encuentra muy pronto el dilatado arenal que sustenta el hermoso pinar de Leiria, propiedad del Estado, el mejor, sin disputa, de todo Portugal como el de Valsain lo es respecto de los de España. Lo separa del mar una duna que tiene más de dos kilómetros de ancho en algunos puntos. Desde 1885 hasta el presente se han arrebatado á esta duna por medio del cultivo unas 2.000 hectáreas, que han venido á aumentar el área forestal del pinar, hoy formado con este aumento por 11.000 hectáreas bien pobladas. Los vientos del Norte y Noroeste son los que más arenas arrastran, dirigiéndolas al interior. Por eso se continúan los trabajos con el posible impulso. Al pie de las vallas que cierran las parcelas, y cuya línea maestra sigue una dirección paralela á la costa, se ven bastantes macollas de barrón (*estorma*). La siembra á hecho no da los mejores resultados. Hay parcelas sembradas hace diez años cuyos pinos no tienen más de dos decímetros de altura. En cambio, las que se han sembrado por surcos ó, mejor, por fajas separadas entre sí por otras incultas de unos tres metros de ancho están cubiertas de espesos y muy lozanos pimpollos, sin que se note la existencia de marras. Se han empleado en

estas siembras unos treinta kilogramos de piñón por hectárea mezclados con otra cantidad casi igual de semilla de plantas protectoras. Es curiosidad digna de fijar la atención la existencia de una fuente ferruginosa en lo más hondo de la sección repoblada de esta duna, en cuyo ameno sitio se ha formado un delicioso bosque de madroños, fayas, sauces y otros árboles y arbustos. Es aquello un sorprendente oasis donde se goza de frescura y sombra en todas las épocas del año.

De este pinar de Leiria se podría escribir mucho. Todo revela en él el especial esmero con que ha sido y sigue siendo cuidado y la aplicación que en parte se ha hecho en el mismo para su aprovechamiento del método llamado pragmático por los sajones de la época de Cotta, con las modificaciones introducidas por la escuela francesa de los tiempos en que la dasonomía alboreaba entre nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos. Hoy, tanto en Alemania como en Francia, se observa una decidida tendencia en favor de las ordenaciones simplificadas, adoptándose como base fundamental la división por cabida y prescindiendo para todo el vuelo de los cálculos de existencias y crecimientos, siempre erróneos y falaces. Sumada la superficie de los rodales, descontando los calveros, se asigna á cada período una extensión igual, destinando al primero los tramos de vegetación más lánguida y de árboles más viejos. El cálculo de existencias se limita á los tramos destinados á este primer período, de que resulta una más pronta y fácil regularización de edades, fuera de que no hay necesidad de cortar, en lo general, para lograrlo, árboles que no estén en sazón. La verdad de todo esto puede pregonarse, no digo en un valle, antes en la cima de una montaña. Quien lo dude no tiene más que pasar la vista por la *Estadística forestal de Prusia*, no ha mucho publicada por el jefe de este servicio, Sr. Donner, y traducida al francés por el Sr. Huffel, profesor de la Escuela forestal de Nancy, el cual no sólo patrocina esta tendencia, sino que asegura que en la Escuela de cuyo ilustrado claustro de profesores forma parte, hace tiempo que se propagan estas doctrinas en la cátedra de ordenación, ó lo que es lo mismo, sobre eso morena, como decimos los españoles. Á lo que parece, no sucede lo mis-

mo en nuestra casa. Los que pasan ó pretenden pasar por sabios de robusto fuste en estas materias no se contentan con menos de calcular las existencias y crecimientos de todos los rodales, ó sea de todo el arbolado que el monte sustenta, tárdese lo que se tarde, cueste lo que cueste y difieran ó no difieran profundamente los resultados obtenidos de los que el cálculo prometió, persiguiéndose con esto un ideal tanto ó más difícil de alcanzar, como el de querer hacer nacer berros en una artesa. Á bien que la comprobación real ó práctica va larga, porque los turnos á cuyo término se han de tocar las consecuencias se cuentan por más de una centena de años en muchos casos, y para entonces... *qui potest capere, capiat.*

Y, volviendo al pinar de Leiria, diré que ocupa éste una extensa llanura apenas alterada por algunos tesos y cerros, lo cual ha facilitado mucho el trazado de los tramos, cuya regularidad de dirección y situación es verdaderamente matemática. Contiene hoy el monte 340 tramos de forma rectangular perfecta y de 32 hectáreas de cabida cada uno, separados entre sí por anchas calles y callejones perfectamente rotulados. Síguense los métodos de cortas ó clareos sucesivos, obteniéndose muy buen repoblado. La espesura es grande y los árboles muy altos. Resinado el pinar hasta hace poco, parece que se ha desistido de esta explotación por creerse que los pinos pierden mucho en crecimiento y longevidad. No opinan así en las Landas de Burdeos. El arrastre de las maderas se hace con trinquivales.

El centro que dirige y gobierna el monte radica en Marinha grande, pueblo que está á unos diez kilómetros al Sudoeste de Leiria. En la orilla misma del pinar se levanta el *Ingenho*, conjunto de amplios y cómodos edificios rodeados de buenos jardines y parque y de una gran verja. Residen en aquéllos un selvicultor jefe, D. Joaquín Ferreira Borges, tres selvicultores subalternos y un regente forestal, D. Manuel Ferreira Jun, excelente compañero para visitar el monte y las dunas, joven, de simpática presencia, robusto, curtido por el sol y el sereno, animoso y de acreditados conocimientos. Además de las habitaciones para los empleados y oficinas,

hay en este *Ingenho* otro edificio destinado á caballeriza, donde se albergan los caballos de todo el personal, incluso el de guardería, que está muy bien organizado y equipado. En diferentes sitios del monte hay casas de guarda y atalayas que se comunican por teléfono con la estación del *Ingenho*. Cerca de este recinto se levanta la fábrica, hoy parada, de brea y ácido piroleñoso, con seis calderas, y unos espaciosos y sólidos talleres para labor de sierra y almacenaje.

La fábrica de aguarrás y colofonia está en el mismo pueblo. Es una construcción que merece el nombre de suntuosa, comparada con las de España. En la actualidad no funciona.

Entre la estación del camino de hierro y *Marinha* grande se levanta la fábrica de vidrio y cristal, arrendada por el Estado á una compañía particular. Es amplia y desahogada, está muy bien construída y ocupa, con todas las dependencias y patios, diez y ocho hectáreas, lo cual da una buena idea de su grandiosidad. Su creación data de 1799. Se construyó por Guillermo Stephens, bajo la poderosa iniciativa del célebre ministro Marqués de Pombal, mediante el auxilio de un préstamo. En 1826 pasó á poder del Estado por disposición testamentaria de un hermano y heredero del fundador.

Á las dunas del pinar de *Leiria* siguen los arenales de *Pataias*, que ocupan 600 hectáreas. Son las únicas de Portugal que se encuentran aisladas en medio de terrenos firmes. Se asemejan mucho á las arenas voladoras de nuestras provincias de *Ávila* y *Valladolid*, y aún más á las de la segunda sección de las dunas del golfo de *Rosas*, en la parte que corresponde á los términos municipales de *La Escala* y *Torroella de Montgri*. Los vientos las impulsan con mucha fuerza y no han sido puestas en cultivo todavía por la oposición que hacen los pueblos en cuyos términos radican, temerosos de que se les prive del disfrute del monte bajo que las rodea.

También esperan turno para su repoblación las dunas de *Azeche*, que siguen á las anteriores y se extienden tierra adentro cerca de tres kilómetros. Su superficie es de 130 hectáreas.

Las de *Senhora de Victoria*, situadas al Sur de las de *Azeche*, huérfanas también hasta hoy de todo cultivo, miden 500

hectáreas de extensión y son de las menos elevadas. Actualmente apenas si reciben arenas del mar.

Á poca distancia de esta duna radicala la de Peniche, en el cabo Carvoeiro. Se le tiene asignada una superficie de 290 hectáreas, de las cuales se han fijado y repoblado unas 22, con un coste medio por hectárea de 858 pesetas. Comenzáronse estos trabajos el año 1889, de modo que el repoblado es muy joven. En la isla que existe en este cabo se levanta la fortaleza y pequeña villa de Peniche, en la cual las mujeres, casi aisladas del resto del mundo, invierten el tiempo trabajando encajes.

Peniche está fuera de la línea férrea. Antes de llegar al paralelo de esta población se encuentra la importante villa de Caldas da Rainha, célebre por sus baños termales desde la antigüedad, y al presente, además, por la fábrica de *faianças* y toda clase de cerámica decorativa, que dirige Raphael Bordallo, artista de europeo renombre, de fantasía inagotable y de un gusto exquisito. Sus combinaciones de follajes, flores, plantas y animales, adornando en alto relieve platos, vasos, jarrones y tibores, son de una novedad encantadora. En el bonito parque que precede á la fábrica y en el museo de la misma se nota desde luego el efecto de una labor engendrada al impulso del más delicado gusto.

Tiene Caldas un parque bien cuidado y vestido de espesas arboledas. Los paseos son muchos y están también bordeados de árboles añosos. Junto al balneario está el Casino ó *Club*, como allí le llaman, y á poca distancia el Palacio real, de modestas pretensiones. Como residencia veraniega y balnearia, Caldas es población muy concurrida.

VI

Lisboa.—Suntuosidades y menudencias.—Lenguaje.—Vegetación.—Parques.—Playas de baños de Pedrouços, Algés, Estoril y Cascaes.—La Boca del Infierno.—Sitio real de Cintra.—Monte y castillo da Pena.—Dunas de Trafaria y costa de Caparica.—Litoral hasta la desembocadura del Guadiana.—Costumbres campesinas.—Las arenas voladoras de Villa Real de San Antonio.

Para continuar el recorrido de la costa en donde ésta está ocupada por las dunas, hay que trasladarse de un salto desde Peniche hasta Lisboa, acerca de cuya ciudad, sólo para ren-

dirle el debido tributo de admiración (porque ni su descripción es de este lugar ni el trabajo responde á semejante fin) se consignarán aquí algunas observaciones que, vulgares ó no, determinan ciertos rasgos característicos de la misma, porque meterse en más honduras sería exponerse á que saliera al gallarín la intentona adornada con más tachas que el caballo de Gonela. Baste, pues, para el caso decir que las plazas de Restauradores, de Rocio ó Don Pedro V y la del Comercio (unida á la anterior por las calles Augusta y Aurea), todas con sus respectivos monumentos; el teatro de Doña María, la estación central del ferrocarril y la avenida da Liberdade son, sin disputa, la flor de la antigua Olissipo. Como Porto y Coimbra, se extiende Lisboa por las faldas de elevadas colinas en forma de anfiteatro, ofreciendo al espectador un admirable panorama visto desde el estuario del Tajo, que lo limita al Sur, ó mejor desde las colinas de este mismo lado. Á corta distancia ofrece aquel conjunto de cúpulas, torres, casas y paseos un aspecto tal, que justifica plenamente el dístico de los portugueses:

Quem nao tem visto Lisboa
nao tem visto cosa boa.

El hotel internacional, *Avenue Palace*, es de los mejores de Europa. Las casas se distinguen por el buen gusto de su construcción; las aceras están formadas de mosaicos en muchas calles; las rotulaciones de las tiendas son muy artísticas, y en general se observa un atildado servicio de policía. La elegancia y lujo de los carros de la carne, arrastrados por un solo buey (*talho municipal ambulante*), llaman desde luego la atención del viajero. Los tranvías son muchos, de fuerza animal, de vapor y eléctricos. En algunas calles hay planos inclinados funiculares, tal es la pendiente. Los *engatadores* ó mozos de encuarte van todos uniformados, y en el interior de los coches suele leerse esto: «*Pede se a fineza de nao fumar*», fórmula algo más cortés que la seca é imperativa de *smoking not allowed*, *defense de fumer* ó *se prohíbe fumar*, de ingleses, franceses y españoles. Quién sabe si este notorio espíritu de benevolencia y urbanidad ha ejercido también su influjo en

otras frases ó vocablos del idioma. Tal pudiera creerse, notando que á los hurtos los llaman *burlas*, á los rateros *gatunos* y á las clases pasivas *clases inactivas*; es decir, algo así como holgazanas, que es lo que distingue en España á un gran número de los que se encuentran en aquella situación.

Un paseo por la calle de *Horta Secca* permitirá al forastero leer, si es que á estas horas no ha desaparecido, este singular rótulo: *Urosa.—Médico-veterinario pela Escola especial de Madrid é pelo Instituto de agronomia é veterinaria de Lisboa.—Consultorio*; de lo que se infiere, sin necesidad de carcomer el seso ni desnatar el entendimiento, que por lo menos gozamos de mucho crédito en Lisboa en punto á la ciencia de curar animales.

Nótase en el lenguaje portugués, aun entre los campesinos, una gran pureza. En la pronunciación posee entonaciones nasales extrañas al castellano sobre todo en los finales de carácter flexible, al paso que transforma siempre las entonaciones guturales de nuestro idioma en otras dulces, pastosas y silbantes. «Difiere, además, el portugués del castellano, dice un autor, por una propensión más marcada hacia el vocalismo; por la transformación de las vocales *e* y *o* en *ei* y *ou* y por la suavización de las consonantes iniciales y finales, todo lo cual le presta carácter más fofo, más dulce y más afeminado, al propio tiempo que menos enérgico que el resto de los dialectos romanos. Sismondi dice con exactitud que el portugués es el *castellano deshuesado*; y en efecto, los portugueses han eliminado del español ciertas letras intermediarias, la *l*, por ejemplo, y así dicen *dor* en vez de *dolor*, y *Afonso* en lugar de *Alfonso*. Tiene además la gramática portuguesa un rasgo que le es característico en la flexión verdaderamente verbal del infinitivo.»

Son notables el Museo Colonial, el de Historia Natural, muy rico en colecciones de aves y en todo lo concerniente á la fauna portuguesa, y el Agrícola y Forestal, instalado en el famoso convento de San Jerónimo. Los selvicultores pueden estudiar en éste tres modelos de presas para la regularización de los torrentes en las montañas, muy bien ejecutados y muy instructivos.

La vegetación, sobre todo, es admirable en el litoral portugués. Como sucede en la parte baja de la costa gallega, los camelios adquieren en la portuguesa porte arbóreo al aire libre y los bananeros y palmeras se desarrollan en él con el mismo vigor con que pueden hacerlo en la zona tropical. En el Jardín botánico de Lisboa hay calles enteras de soberbias palmeras cuyo tronco mide más de un metro de diámetro. En sus estanques pupula además una rica y variada colección de plantas acuáticas de bellísimas flores.

De iguales encantos gozan el parque de la Estrella y la alameda de San Pedro de Alcántara, desde cuya explanada y terraza se disfruta una preciosa vista de toda la parte oriental de la ciudad. No falta tampoco un Jardín zoológico regularmente provisto de diferentes especies de animales, entre los que sirven de inocente regocijo á los niños diferentes castas de monos y los indispensables pavos reales ó pavones, de quienes recordaba nuestro geopónico Herrera, con referencia al libro de las Propiedades de Bartolomé de Inglaterra, que tenían la voz del diablo, la cabeza de sierpe, el paso de ladrón y la cola de ángel. Todos se distinguen por la docilidad con que se prestan á los halagos. Puede que en esto influya la bondadosa condición de los concurrentes al Jardín, y en general la de los habitantes todos de la ciudad, como lo hace presumir el encontrar á cada paso en las calles de Lisboa los gatos, por ejemplo, durmiendo tranquilamente en los poyos de las tiendas, sin que nadie les moleste, y aun tendidos al sol en el centro de la calle impávidos y quietos, sin que ningún viandante, joven ó viejo, ni aun los muchachos, los mortifiquen en lo más mínimo.

El trayecto de Lisboa á la aristocrática playa de Cascaes, puede decirse que está formado por la sucesión de otras muy concurridas también, como las de Pedrouços, Algés y Estoril, rodeadas de suntuosas y elegantes casas de campo al estilo moderno. En Cascaes merece visitarse la *Boca del Infierno*, enorme masa de arrecifes acantilados con grandes oquedades y escarpas que las olas van agrandando con su incesante batir.

Mayor impresión causa el aspecto de la empinada, áspera y elevadísima sierra á cuyo pie se halla el sitio real de Cintra y

cuya cima corona el antiguo castillo *da Pena*. Aquellos pelados picachos destacan sus secos perfiles sobre el agreste bosque de robles, castaños y alcornoques que cubre toda la falda de la sierra con una espesura impenetrable en muchos sitios. Nada revela allí el paso del hacha del selvicultor inteligente, como sucede en el pinar de Leiria. Es la naturaleza abandonada á sí misma; una á modo de selva primitiva extendida por todas las lomas, recuestos, vallejos y arroyadas de aquellas agrias y fragosas pendientes.

En la costa meridional del estuario del Tajo hay una pequeña duna, la de Trafaria, que mide 40 hectáreas. Su cultivo comenzó el año 1883 y ofrece la particularidad de haberse hecho por plantación, cosa rara en este orden de trabajos, por más que este sistema pueda ser conveniente en ciertos casos para asegurar y dar más pronto la necesaria consistencia al suelo arenoso. El coste fué de 833 pesetas por hectárea. Toda ella está repoblada.

Pasada la desembocadura del Tajo se entra de nuevo en otra región de dunas que no cubre menos de 1.200 hectáreas de superficie, y que se extiende por toda la costa de Caparica. Se distinguen en ella dos secciones: la septentrional, que va desde el Tajo á la población de Costa, y la meridional, que comienza en este punto y termina en la albufera por donde desagua en el mar el río Sado. En 1883 comenzaron los trabajos de fijación en este segundo trozo, en el cual hay 46 hectáreas repobladas. Se gastaron en este cultivo 263 pesetas por hectárea, término medio.

Verdaderas dunas ya no se encuentran en el resto de la costa portuguesa hasta la desembocadura del Guadiana. Los campesinos de esta comarca se distinguen por sus buenas formas, amabilidad y bondad natural, no gastada todavía por las voces del comercio. Dícese que en varios pueblos de esta región educan á los hurones para servirse de ellos como gatos contra los ratones y culebras. Aquí no hay galavardo que no los aplique á la destrucción de la caza, burlando toda vigilancia y dando al diablo el ható y el garabato de las leyes que lo prohíben. Así es por esto, como porque algunos dicen que todo ello no vale la pena de ir en contra de la natural in-

clinación, que sólo impera la ley del encaje contra los infractores, de quienes podría decirse muy bien aquello de «del rabo de puerco nunca buen virote».

Rodea por el Poniente á la ciudad fronteriza de Villa Real de San Antonio, donde está la aduana, una imponente duna, que ocupa 410 hectáreas. Amenazada la población por la marcha de las arenas, se dió principio en 1886 á los trabajos de cultivo terminados, en una extensión de 38 hectáreas contiguas á la ciudad, en tres años no seguidos, porque las labores sufrieron alguna interrupción. El coste medio de estos trabajos fué de 926 pesetas por hectárea. Aunque con alguna irregularidad en las edades y en la espesura, toda esta parcela está cubierta de pimpollos. El coste de las operaciones ha sido algo crecido, porque hubo necesidad de llevar el ramaje de España y de Lisboa las tablas para las vallas ó *ripados*, como las llaman los selvicultores portugueses.

VII

Longitudes y superficies de los arenales marítimos de Portugal y España.—Especies arbóreas elegidas para su cultivo y otras recomendadas para el mismo objeto.—Plantas protectoras empleadas en Portugal y Francia.—Arenas voladoras del interior de la regencia de Túnez.—Trabajos hechos para su fijación.—Dunas y arenales de Prusia.—Importancia concedida por el Gobierno portugués á la repoblación de las dunas.—Disposiciones oficiales dictadas sobre el particular.—Forestales portugueses más distinguidos.—Conclusión.

Según los cálculos más aproximados, la longitud de las costas de España es de unos 3.300 kilómetros, de los cuales 770 están formados por dunas propiamente tales unas veces y otras por playas fijas de zahorra, callao, cascajo ó arena fina.

La costa portuguesa se desarrolla á su vez en una línea de 790 kilómetros, sin contar las sinuosidades de los estuarios. De éstas corresponden 500, poco más ó menos, á los arenales. Por tanto, la proporción relativamente á la línea total de los respectivos litorales, es de 23 por 100 para España y 63 por 100 para el reino lusitano. Los franceses estiman en 340

kilómetros toda la línea oceánica de arenas movedizas y fijas que va desde la punta de Grave hasta la desembocadura del Adour.

En dunas bien caracterizadas por el carácter volador de sus arenas tiene Portugal más de 40.000 hectáreas, cifra que algunos autores hacen subir hasta 60 000, al paso que España, según el aforo de algunos ingenieros, é incluyendo las playas de arenas mansas y quietas, ó por lo menos de muy escaso movimiento, no pasarán de 20.000 hectáreas, de las cuales cerca de los dos tercios, ó sean unas 13.000, corresponden á la costa del Atlántico desde Tarifa á la desembocadura del Guadiana, zona arenosa que es la que más se asemeja á la portuguesa de Occidente en su amplitud é inestabilidad.

Á esta grandeza de extensión de las dunas portuguesas, si así se puede llamar, va unida, como es consiguiente, la de las acumulaciones. La altura media de los médanos la estima el Sr. Souza Pimentel, uno de los forestales más distinguidos del reino lusitano, autor de la bien conocida obra *Pinhaes, soutos é montados*, en 15 metros, llegando, según el mismo escritor, á 80 y 90 en Pedrogao, que está á ocho kilómetros al Norte del río Liz.

En Portugal, lo mismo que en Francia, la especie arbórea elegida para formar el vuelo definitivo de las dunas es el pino *bravo, marítimo* de los franceses y *rodano* de los españoles, muy común en las costas de Galicia. El pino piñonero ó doncel, *pinhao*, característico de nuestro litoral andaluz, sólo se ha empleado, con muy buen sentido por cierto, en la repoblación de la duna de Villa Real de San Antonio, mezclado con el anterior.

Los forestales modernos recomiendan también el pino californiano, *Pinus insignis*, Dougl, y como arbolillo ó arbusto, el escobón de nuestras Canarias (*Cytisus proliferus*, L. f.). Recientemente, en un artículo muy instructivo sobre aclimatación de diversas especies vegetales en las dunas del Medoc, su autor, el Sr. P. Buffault (*Revue des Eaux et forêts*, 1.º Febrero 1897), termina su minucioso trabajo declarando que pueden introducirse en el cultivo de las dunas, con probabilidades de buen éxito, el roble común (*Quercus pedunculata*, Ehrh),

la encina (*Quercus ilex*, L.), el pino piñonero (*Pinus Pinea*, L.), el pinsapo (*Abies Pinsapo*, Boiss), el ciprés (*Cupressus Lambertiana*), la acacia de tres púas (*Gleditschia triacanthos*, L.), la acacia blanca (*Robinia pseudo acacia*, L.), el ailanto (*Ailanthus glandulosa*, Desf) y el taray (*Tamarix gallica* L.), además de determinados frutales, la patata y varias plantas pratenses. Así y todo, respecto á algunas de las especies indicadas no estará demás nunca el verificar ensayos previos, sobre todo allí donde no se críen espontáneamente, no sea caso que los desengaños autoricen para motejar á los selvicultores que los sufran de pertenecer á la clase de los que en un renglón cultivan las rocas escarpadas y llevan las aguas á las cumbres de las montañas, aferrados día y noche en que todo el monte es orégano.

Sembradas con el piñón se han mezclado en Portugal como futuras plantas protectoras de los pinos diferentes semillas arenarias, habiendo merecido la preferencia la *madorneira* en muchas localidades, sobre todo en las dunas de Leiria y Urso. En la de Villa Real de San Antonio las simientes aplicadas fueron de *matto branco* (géneros *Cistus* y *Halimium*) y en la de Cabedello el barrón ó *estorma*, gramínea que se está sembrando con éxito satisfactorio en las dunas del golfo de Rosas. En Francia, además del barrón, llamado allí *gourbet* ú *oyat* según las localidades, gozan de cierta preferencia las gramíneas vivaces, *Elymus arenarius*, L., *Agropyrum junceum*, P. B., y *Festuca arenaria*, Osb (*Revista de Montes*, año 1893, *Landas de Gascuña*, por D. José del Río). La retama blanca, el taray, la pita y la chumbera son muy útiles también para consolidar el arenal, sobre todo cuando las plantas de menor porte fijan, por decirlo así, la primera capa de las arenas.

La administración francesa tiene establecido desde 1885 un servicio especial de fijación de las arenas que invaden los oasis en la regencia de Túnez. Los trabajos ejecutados hasta el día son los siguientes: (*Revue des Eaux et Forêts* del 10 de Septiembre de 1896):

OASIS	Superficie repoblada. — Hectáreas.	GASTO MEDIO	
		Por hectárea. — Francos.	TOTAL — Francos.
Gabés.....	76	344	26.194
Tozeur.....	539	99	53.230
Nefta.....	426	92	39.238
El Hamma.....	98	129	10.058
	1.139		128.720

El procedimiento que se sigue suele consistir en detener provisionalmente el movimiento de las arenas, recubriéndolas con una capa de esparto en descomposición, y donde no le hay se le sustituye por la gramínea *Aristida pungens*, Después, procediéndose después á la siembra ó plantación de las especies arbustivas ó arbóreas sedentarias, como la gayumba, retama (*reten*), tamarindo, nopal, paraíso (*chalef*), acacias, chopos y otras. Antes de ejecutar trabajo alguno se declara por decreto especial la utilidad pública de la fijación de los arenales, y después el derecho de expropiar las fincas particulares en ellos enclavadas.

También los *maestrazos* alemanes, de quienes han aprendido y les queda aún mucho que aprender en todos los órdenes los forestales de las demás naciones de Europa, han tenido que arrimar el hombro en lo de fijar y repoblar dunas y arenas voladoras, aunque esto haya sonado poco hasta ahora por la falsa creencia en que están muchos de que no hay en el imperio alemán un palmo de tierra fuera del dominio agrícola que no esté cubierto de bosques.

En la última estadística forestal del reino de Prusia, publicada por el Director del ramo, Sr. Huffel, ya citada, se hace constar que hay en aquel país 29.500 hectáreas de dunas en la costa del Báltico y 10.400 en las orillas del mar del Norte. Muchos son también los arenales movedizos del interior del territorio, como que su extensión se hace subir á 32.808 hectáreas. De éstas hay 12.400 cuyas arenas causan notorios da-

ños á las tierras de cultivo que las circundan. El Gobierno ha adquirido muchos de estos arenales, sujetándolos poco á poco á la repoblación. En la fijación de las dunas se trabaja también con actividad. La operación consiste en empradizar la faja contigua á la orilla del mar y en poblar con árboles el resto del arenal. Las especies elegidas para esto son el pino albar (*Pinus sylvestris*, L.) y el pino negro (*Pinus montana*, Duroi). Desde 1872 se han empradizado 1.100 hectáreas y se han poblado de pinos 2.500. Esta última operación ha originado un gasto medio por hectárea de 750 pesetas.

La lista completa de las plantas que pueden emplearse con mayor ó menor éxito en la fijación de las dunas, según los países y climas, es muy larga. El Barón de Müller, en su obra *Select extratropical Plants*, señala y puntualiza por sus nombres, familias, patria y cualidades preeminentes unas noventa, eso sin contar algunas de las que quedan anotadas en el presente trabajo y que no se encuentran en el catálogo referido.

Todo revela que esta rama de la selvicultura moderna (*Psamotecnia*, como diría algún taumaturgo de pan bazo) adquiere de día en día mayor desarrollo, haciendo concebir la esperanza de que en plazo no lejano se borren de la memoria aquellas amarguras del ínclito comentador de la *Agricultura general*, D. Antonio Sandalio de Arias, cuando, tratando de la ventaja del arbolado, exclamaba: «Pocos la desconocen; pero me temo que, á pesar de las razones que puedan exponerse para persuadirlo, nadie se resuelva á emprender una nueva plantación en las *playas*, en las eminencias ni en los terrenos infructíferos á que llamamos malos». (*Agric. gen.* de G. A. de Herrera.—Mad., 1818, t. II, p. 316.)

El Gobierno portugués parece bien penetrado de la importancia de este cultivo, y tanto es así que, no satisfecho con el procedimiento un tanto desligado de unidad y orden que hasta ahora ha seguido en la repoblación de las dunas, de las que hay fijadas ya en el reino 3.667 hectáreas, nombró, en 16 de Mayo del año último, una comisión compuesta de los selvicultores y regentes de más capacidad de su escogido cuerpo de forestales para que levanten los planos de los arenales de

todo el litoral pertenecientes al Estado, á los municipios y á los particulares, trazando además el parcelario de las siembras ya hechas, con expresión del valor por perímetros y de los daños que en cada uno de ellos causen ó puedan causar las arenas voladoras á la agricultura y al régimen de las aguas.

Á este trabajo debe acompañar el presupuesto de gastos para la repoblación de los arenales que todavía están incultos y la exposición del procedimiento más breve y económico para realizarlo, estableciendo el orden de preferencia de los trabajos, de conformidad con la importancia de los daños.

Nada hay en todo esto que no merezca el más entusiasta aplauso. La administración forestal portuguesa parece haber entrado en un nuevo período de vida, cuyo impulso secunda con noble entusiasmo y con inteligente labor el distinguido personal encargado de aquellos servicios. En la sierra de Jerez, propiedad del Estado, se han emprendido ya trabajos de repoblación para regularizar el curso de las aguas como en nuestras cabeceras de las cuencas de los ríos Júcar, Segura y Lozoya. Actualmente hay una comisión que se ocupa en levantar el plano detallado de aquellos agrestes y extensos bosques. Las plagas de insectos que han aparecido en los pinares de Leiria (géneros *Scolytus* y *Curculio* principalmente) son objeto también de detenido estudio para los efectos de su rápida extinción.

Todas estas medidas, de cuyos beneficios comienzan á gozar los montes lusitanos, se deben á la ilustración del Gobierno, secundado por selvicultores y regentes tan entusiastas é instruídos como los Sres. Ferreira Borges, Masia Vianna, Magallaes Mesquita, Lopes Vieira, Pires de Albuquerque, Mendes d'Almeida, Oliveira Carvalho, Etur, Ferreira y otros que componen el cuerpo superior y subalterno del ramo, todos además, ó por lo menos en su mayor parte, cultos escritores é infatigables propagandistas de las doctrinas forestales. Distinguese al frente de todos ellos el Inspector general, jefe de todo el servicio, Sr. P. Roberto da Cunha é Silva, de superior inteligencia, vasta ilustración y ferviente entusiasmo, discípulo muy aprovechado de la Escuela forestal de Nancy, y de cuya cortesía y benevolencia debe hacerse especial mención en este lugar, por la solicitud con que ha facilitado al que esto escribe

muchas de las noticias y datos que figuran en el presente bosquejo. Reciba por ello el testimonio de la más sincera gratitud.

Y volviendo á las dunas, no hay duda que sería gentil cosa en nuestro país unir el dicho al hecho, alborotando menos y ejecutando más, pues, por desgracia, es muy poco lo que hasta ahora se ha emprendido, viniéndonos á suceder lo que al galgo del tío Alegría, que cuando quería ladrar tenía que apoyar las nalgas en la pared.

Obligados estamos á confesar que el Gobierno lusitano ha tomado en este punto la delantera al español emprendiendo con mano firme la repoblación de las dunas para atajar los daños que en las poblaciones y en las tierras de cultivo causa la invasión de las arenas impulsadas por los vientos y para sujetar estos estériles terrenos al tributo de una producción lucrativa y beneficiosa, porque, como ya dijo con su característica ingenuidad, no exenta de socarronería, nuestro célebre Arcipreste de Hita en la copla 160:

«Verdat es lo que dicen los antiguos retraeres:
quien en el *arenal* siembra non trilla pegujares.»

JOSÉ JORDANA Y MORERA.





EL NIAGARA

Allá, hacia el Norte, se quiebra la inmensa curva de la orilla, y el gigantesco lago se derrama.

Por aquella brecha de su perímetro deja escapar sus aguas, reunidas unas por gargantas estrechas y pendientes impetuosas, llegadas otras por declives suaves, por laderas mansas y tranquilas.

Ese lago es el Erie, y ese río, hijo del lago, es el Niágara.

Entre las divergentes orillas, islas enanas se asoman al ras de las aguas ó se incorporan sobre ellas, ya solitarias y estériles, como jirones de un desierto, ya apopléticas de flores, como fragmentos de un paraíso.

Barcos de vapor rayan con sus quillas el cristal del río, y velas turgentes se deslizan, como alas rozando las superficies serenas.

No lejos de las márgenes, humeantes locomotoras pasan rápidas y negras, como frenéticas apariciones.

Súbito, en el horizonte, queriendo acaso detener á la corriente, yérguese *la gran isla* ciclópea, masa florida y verde como gigantesco ramo; pero el río se abre y se cierra como un abrazo, dejándola estrechada en su líquida caricia eterna.

Y como si aquella caricia hubiese agotado las energías de la corriente, ésta, más allá, desliza jadeante sus aguas enervadas, y, por fin, el cansancio de las ondas da al río serenidades de lago, inmovilidades de charco.

Pero el oído escucha entonces rumores continuos y sordos, algo como la trepidación confusa de un trueno lejano y sin fin, y la mirada ve que á intervalos, las aguas se estremecen con rápidos temblores.

Los barcos se detienen allí, para retroceder después. Y es que allí se tiene instintivamente la intuición de un peligro, el presentimiento de la catástrofe hidrológica que más allá se realiza, y la cual, con la nobleza y la lealtad de todo lo grande, nos avisa y nos detiene.

Las orillas, en tanto, se acercan una á otra cautelosamente, y las hondas se oprimen y forcejean y se encrespan, hasta que, de pronto, como asustadas, se precipitan en marcha delirante, en que hay algo de huída y de desplome.

Es que el suave declive del álveo han tomado de improviso vertiginosa oblicuidad, y presienten no sé qué espantoso derrumbamiento.

Vedlas, vedlas, hirvientes, despavoridas, empujándose unas á otras con el azoramiento de una fuga.

Ya los rumores, antes confusos y lejanos, crecen y se acercan. Pero aún la distancia borra los detalles del estruendo.

Al fin, ante las aguas desbocadas, surge una nueva isla. El obstáculo enfurece á la corriente, que parece detenerse un instante para concentrar todas sus energías antes de perderlas en el formidable choque.

Ya no piensa, como al principio de su curso, en voluptuosos abrazos, sino en fieras embestidas. Le encoleriza aquel montón de flores que pretende atajarla en su carrera, aquella insensata campiña que le sale al paso.

Y embravecida, se abalanza, aullando, sobre ella. Pero ella, inmóvil, resiste sonriente la brutal acometida, y presencia desde su trono de flores el desgarramiento del río.

Mas ¡ay! entonces, al dejar tras sí la isla victoriosa, sienten las aguas que de improviso les falta cauce en que correr, y

sienten la angustia de la caída, el terror del desplome, mientras el antes lejano estruendo se ofrece ya al oído humano con todos sus acentos formidables y penetra en él, como un torbellino sonoro, atronándolo y ensordeciéndolo.

En vano el río quiere refrenar sus aguas galopantes... ¡el río se vuelca en el abismo!

Hé ahí la catarata.

La inmensa masa líquida se arroja en salto mortal al fondo del antro, que se llena de espumas y fragores.

Pero los millones de metros cúbicos de agua que por segundo caen en la garganta del sediento precipicio no apagan jamás su sed devoradora.

.....

GONZALO DE CASTRO.





MISIÓN DE LA CRUZ ROJA

Y SU DESARROLLO EN ESPAÑA

Es la guerra un mal necesario, y se podrán atenuar sus consecuencias, hacer menos terribles sus efectos, lograr que sea menos frecuente, que se guarden en ella leyes y preceptos, que se la haga, en fin, aparecer como justa; pero abolirla por completo, es un sueño que no se conseguirá aunque aspiren á ello todos los filósofos y tratadistas que en teoría resuelven los conflictos que surgen en la vida de relación de los Estados, creando situaciones anormales, y que por tener este carácter, sólo pueden hallar su solución en medios anormales también, que no otra cosa es el empleo de las armas para obtener el reconocimiento del mejor derecho en favor del que por la fuerza logra imponerse al que contradice su modo de proceder.

La caridad cristiana procuró siempre aminorar los terribles desastres de la guerra; pero, aunque ésta era en otro tiempo tan frecuente, sólo de un modo aislado se hallan precedentes en la historia de las Edades Antigua y Media que nos demuestran que en determinadas ocasiones hubo individuos generosos que procuraron aliviar la triste condición de los heridos abandonados en un campo de batalla. Cabe la gloria á la Edad Moderna de que en 1689 se acordara entre el imperio

germánico y la monarquía francesa formar un convenio para regular la situación de los heridos y enfermos de sus respectivos ejércitos enemigos, determinando que se les suministraran medicinas y víveres, dejándolos en libertad en cuanto se curaran. Según avanzan los tiempos, son más frecuentes los tratados hechos entre diferentes Estados con el mismo benéfico propósito, y á fines del siglo pasado, comprendiendo algunas personas caritativas lo poco consistentes que eran los convenios hechos en casos aislados, se pensó en organizar Asociaciones cuyo principal objeto era auxiliar á los heridos en la guerra, y, apenas se formaron algunas, especialmente de señoras, se comprendió la conveniencia de dar á estas agrupaciones carácter internacional para que su caritativa influencia alcanzara á todos aquellos países adonde las armas hicieran sentir sus horribles efectos. Las guerras que á mediados de la actual centuria asolaron la Crimèa y Lombardía demostraron que la acción oficial no bastaba para remediar á los muchos heridos que espantosas batallas dejaban abandonados en el campo de combate, muriendo gran número de aquellos infelices por carecer de oportunos socorros.

La formidable batalla de Solferino (año 1858) impresionó de tal modo á Enrique Dunant que, en su libro titulado *Un souvenir de Solferino*, describió magistralmente los horrores de aquella encarnizada lucha y logró que las naciones, conmovidas al conocer aquel terrible relato, pensaran hallar alivio á los cruentos males que la guerra trae consigo.

Todos comprendieron lo útil que sería la formación de Sociedades permanentes para socorrer á los heridos en campaña, y acogida la idea con entusiasmo por diferentes Estados, se hicieron los trabajos preparatorios para la reunión de un Congreso internacional que diera forma á tan humanitario pensamiento. Reunidos en Ginebra, en 1864, los delegados de los distintos países de Europa, formaron el 22 de Agosto del mismo año la célebre convención que neutraliza los heridos y las ambulancias sanitarias, dando carácter internacional á las Asociaciones de la Cruz Roja, cuya bandera, como símbolo de la fraternidad humana, cobija bajo sus pliegues á todas las víctimas de la guerra, sin reparar en la procedencia del he-

rido ni empequeñecer su obra de caridad las diferencias de raza ni nacionalidad, ni los antagonismos políticos ni religiosos.

En virtud de lo acordado en el Congreso de Ginebra, se crearon en la mayor parte de las naciones Sociedades de socorro que, dirigidas por el Comité internacional que se estableció en la misma ciudad en que se firmó el convenio, extendieron por todo el mundo la caritativa obra de la Cruz Roja, cuya humanitaria misión fué practicada cada vez con más éxito en las guerras que agitaron á algunos Estados europeos en fechas aún muy recientes.

Los convenios celebrados en Ginebra en los años 1864 y 1868 trazaron las líneas generales con arreglo á las cuales se organizaron en todas partes las Sociedades de la Cruz Roja, y los Congresos que posteriormente se han reunido en distintos países, han decidido los principales asuntos relativos al mejor cumplimiento de los fines de tan caritativa institución.

La misión de la Cruz Roja consiste en secundar en tiempo de guerra, por todos los medios que estén á su alcance, el servicio sanitario de los ejércitos. Á este fin primordial se dirigen todos sus esfuerzos, ocupándose durante la paz en prepararse para cuando llegue el momento de que sea útil su cooperación; pero una Sociedad del carácter de la Cruz Roja no podía permanecer impasible ante las desgracias y calamidades públicas que aflijan á la humanidad, y por esto se dispuso que contribuya en la medida que sus fuerzas y recursos lo permitan, á prestar su asistencia en aquellos casos que á semejanza de la guerra requieren un pronto auxilio, ayudándoles en estas empresas las Hermanas de la Caridad, los Caballeros de San Juan de Jerusalem, los de Malta y otras Órdenes análogas.

En muchos Estados, principalmente en Alemania, las señoras que tan buenos servicios prestan en las Sociedades de la Cruz Roja, se ejercitan en tiempos de paz en obras caritativas, socorriendo á los enfermos y favoreciendo el desarrollo de la beneficencia y la instrucción.

Puede, pues, sostenerse que la misión de la Cruz Roja, que es de utilidad notoria en la guerra, lejos de ser estéril en la

paz, presta servicios de gran valía, llevando su auxilio eficaz á todos aquellos infelices á quienes aquejan las calamidades públicas, que, por desgracia, son tan frecuentes.

*
* *

Á la conferencia que se celebró en Ginebra el año 1864 acudieron, entre otros, dos insignes españoles: el Conde de Ripalda, como representante de la Orden de San Juan de Jerusalem, en su lengua de Castilla, y D. Nicasio Landa, médico militar, los cuales, apenas volvieron á su patria, trabajaron con empeño para establecer aquí la caritativa Asociación de la Cruz Roja. Al amparo de la Orden de San Juan, y formando parte de la misma, nació en España poco después la primera Sociedad para el socorro de los heridos, siendo su primer Presidente el General D. Miguel Bet y Mateo, que lo era también de la Asamblea sanjuanista, cuyo Gran Prior se consideró en lo sucesivo Presidente nato de la Cruz Roja española.

Creóse poco después una Junta central de señoras, presidida por la Duquesa de Medinaceli, en torno de la cual se agruparon damas insignes que prestaron valioso auxilio á la caritativa Asociación, cuya propaganda recibió gran apoyo, en su primera época, de la Reina D.^a Isabel II, que ratificó el convenio de Ginebra por Real orden de 5 de Diciembre de 1864.

El clero cooperó con entusiasmo á difundir la generosa idea de la Cruz Roja, debiendo citarse al Sr. Obispo de Pamplona, que estableció el primer Comité provincial en Navarra; á este prelado siguieron otros, y bien pronto se constituyeron comisiones en todos los ámbitos de la Península, que no tardaron en dar ejemplos dignos de imitarse.

La segunda guerra civil, la insurrección cantonal y los deplorables sucesos desarrollados en algunas ciudades después de la caída de la monarquía democrática de D. Amadeo de Saboya, fueron ancho campo donde la sección española de la Cruz Roja cumplió su caritativa misión con aplauso de propios y extraños.

Cuando la guerra franco-prusiana, primero, y durante la

contienda turco-rusa, suscitada algunos años después, la Asamblea española envió distintos donativos para los heridos de una y otra campaña.

Mientras en otras naciones los Gobiernos favorecieron siempre la acción de la Cruz Roja, facilitándola, por cuantos medios han estado á su alcance, el cumplimiento de su misión, en España el Estado oficial nada ó muy poco ha sido lo que ha hecho por que se desarrolle tan benéfica Asociación, no obstante que sus individuos lo mismo han acudido prontamente al socorro de los heridos en las luchas intestinas que al auxilio del necesitado y el enfermo, en inundaciones, epidemias y otras calamidades públicas.

La apatía con que los gobernantes miraban lo relativo á la Cruz Roja española impidió que ésta realizara el empréstito que intentó hacer en 1888 para proveerse de fondos con que atender á las frecuentes desgracias que afligían á la Nación y tan poco próspero llegó á ser entonces el estado de la Asociación internacional en España, que si no se la hubiera reorganizado á tiempo, aportando á ella nuevos elementos de vida, hubiera desaparecido por completo.

En 1889 empezaron los trabajos reorganizadores, y llevados á cabo con gran entusiasmo por un Comité presidido por el Marqués de Estella, se consiguió, después de no pequeños esfuerzos, que el 14 de Mayo de 1892 se celebrara en Madrid una Junta general de todos los miembros de la Asociación que residían en la corte, á los que se unieron varias personas á quienes era simpática la idea.

En esta reunión se propusieron los medios para reorganizar la Cruz Roja en España, se tomaron importantísimos acuerdos y se aprobó el dictamen dado por la comisión nombrada en Octubre de 1891 para que informara acerca de la reforma del artículo 1.º de los estatutos.

Á partir de esta fecha todos contribuyeron al mayor esplendor de la institución, á cuyo frente se colocaron como Presidenta y Vicepresidenta de honor S. M. la Reina Regente y la Infanta D.^a Isabel. No tardaron en reunirse recursos, aumentar el número de los asociados y crearse en provincias gran número de Comisiones que secundaron los nobles pro-

pósitos de la Asamblea Central, que pudo, cuando surgió el conflicto de Melilla, enviar allá una bien provista ambulancia, que, aunque, por fortuna, no se empleó en gran escala, porque no hubo que empeñar decisivos combates, sirvió para demostrar el floreciente estado adquirido por la Cruz Roja en el poco tiempo que llevaba de reorganización.

Al Marqués de Estella sucedió en el cargo de Presidente de la Asamblea Española el General Polavieja, que en la actualidad dirige en Filipinas, con gran talento y bizarría, las tropas que pelean contra los insurrectos que quieren la emancipación del Archipiélago. Durante el tiempo que tan ilustre caudillo ha presidido la Cruz Roja ha adquirido ésta extraordinario desarrollo, ha completado su reorganización, ha recibido cuantiosos donativos y ha visto con regocijo completarse en distintas regiones las Comisiones provinciales y locales, con cuya cooperación se han erigido varios sanatorios, algunos de excepcional importancia, como los de Madrid, Santander y Barcelona, y se han formado ambulancias y se ha conseguido cuanto se podía apetecer para que los soldados enfermos ó heridos que regresan de Cuba y Filipinas hallen cuanto necesiten para obtener su curación, y encontrando los que, por desgracia, fallecen almas caritativas que cierran sus ojos y acompañen sus cadáveres al lugar del eterno reposo.

Los grandes servicios prestados por la Cruz Roja española en este último período, han sido premiados con inequívocas muestras de afecto dadas por el Papa León XIII, el Comité internacional de Ginebra, otros muchos de distintos países y el Gobierno de España, que, reconociendo lo utilísima que es tan caritativa Asociación, la ha dado varias facilidades para el cumplimiento de su misión, la ha declarado Sociedad de Beneficencia y ha excitado en distintas ocasiones á las autoridades para que secunden los fines de la Cruz Roja, que en la actualidad ha logrado tan rápido desarrollo que por todas partes se extiende la obra de la Asamblea, protegida con entusiasmo por las distintas clases sociales.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN.



CARIDAD

(AL INSIGNE ORADOR D. ANTONIO MAURA)

Seda y blondas, perfumes y diamantes,
Desnudeces, sonrisas y miradas,
Palabras, luz, calor, en oleadas,
De todos los sentidos excitantes;

Feria de bailarinas y cantantes,
Y de gentes aún más encopetadas,
A la *función de caridad* llevadas
Por unas cuantas damas elegantes:

Así es la caridad que se ejercita
Con señuelo sutil de pompa vana
Y paga de un deleite pregonado.

No es ésa, no, la caridad cristiana,
Que la limosna da, pura y bendita,
En silencio y por Dios al desdichado.

ÁNGEL AVILÉS.



LA HIJA DE CERVANTES

Documentos cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por el presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor, doctor en Ciencias. Publicados á expensas del Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán, Marqués de Jerez de los Caballeros. Madrid, 1897.

I

Cuando la ilustre Duquesa de Alba, D.^a María del Rosario Falcó y Osorio, publicó los *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, escribimos una *carta abierta* en que, dirigiéndonos á la Sra. Duquesa, decíamos:

«Ciertamente que la aristocracia y la clase media, confundidas en una denominación común por los revolucionarios anarquistas, para quienes el grande de España es un burgués, ni más ni menos que el dueño de una tienda de ultramarinos; ciertamente que la aristocracia y la clase media, amenazadas hoy por los *dinamiteros niveladores*, podrían evitar la catástrofe de que están amenazadas, justificando con el útil empleo de su actividad y sus riquezas el bienestar de que disfrutan, si su vida se compara con la de los esclavos del salario, que con facilidad perecen víctimas de la miseria... Ejemplo es, señora,

merecedor de encomio el que usted da, consagrandolo su tiempo y su trabajo á coleccionar viejos papeles que, sin su cuidado, desaparecerían, y costeando luego la impresión de estas colecciones de documentos en que los estudiosos han de hallar datos preciosísimos para el conocimiento de la realidad histórica.» Esto que escribíamos en el mes de Septiembre de 1892 hemos de repetirlo ahora al llegar á nuestras manos los *Documentos cervantinos*, recogidos y anotados por el presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor y publicados á expensas del Sr. Marqués de Jerez.

Ocasión es de consignarlo aquí, en honor de la verdad histórica y como justo elogio de lo que merece ser elogiado. Viven en Sevilla dos caballeros de antiguo abolengo, el Duque de T'Serclaes y el Marqués de Jerez, que unidos por su nacimiento, como hijos de los mismos padres, también aparecerán unidos en la historia de las letras españolas del siglo XIX, por la semejanza de sus cultas aficiones, que les llevan á ocupar su tiempo en reunir colecciones de libros raros y curiosos y á emplear una parte de sus rentas en publicar á sus expensas libros que, á pesar de su indudable mérito, no encontrarían editor que los adquiriese, si su autor es contemporáneo nuestro, ó que los reimprimiese, cuando por su rareza están casi desconocidos ya por la generalidad de las gentes. Estos servicios que prestan á la cultura española de nuestra época los hermanos Duque de T'Serclaes y Marqués de Jerez de los Caballeros, semejantes á los que han prestado la Duquesa de Alba, la de Villahermosa y alguna otra personalidad de nuestra nobleza titulada, merecerían siempre alabanza, pero la merecen ahora mayor por ser muy poco frecuentes. Hoy los ricos por herencia y los pelagatos enriquecidos, Dios sabe cómo, gastan sus cuantiosas rentas en los vanidosos alardes del lujo, cuando no les dan empleo aún más pecaminoso; y los magnates españoles de los siglos XVI y XVII, que se honraban con la compañía y frecuente trato de poetas y escritores, se han trocado en los del siglo XVIII, que retrató Jovellanos en la más famosa de sus sátiras, y en los de la época presente, que el P. Luis Coloma ha hecho aparecer en su novela *Pequeñeces*.

Sin duda que, entre las publicaciones que se deben á la iniciativa del Marqués de Jerez de los Caballeros, una de las más importantes es la que acaba de ver la luz pública, los *Documentos cervantinos*, recogidos y anotados por el presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor. En estos documentos se esclarecen puntos de la biografía de Cervantes que hasta ahora se hallaban puestos en tela de juicio; por ejemplo, el referente á la prueba definitiva é incontrovertible del lugar en que había nacido el autor del *Quijote*; porque se decía que en la partida de bautismo de Alcalá de Henares no se leía Rodrigo de Cervantes, sino Rodrigo de Carvantes; que en esta partida nada había que pudiese justificar el uso del apellido Saavedra, y hasta se hizo notar que el arqueólogo D. Basilio Sebastián Castellanos había afirmado, en un artículo del *Observatorio Pintoresco*, que en el libro de redención de cautivos, existente en el convento de la Merced, había visto un documento en que constaba que Miguel de Cervantes Saavedra era natural de Madrid; pero todas estas aseveraciones quedan invalidadas con la publicación del autógrafo que ha encontrado el señor Pérez Pastor, cuyo comienzo dice así:

«Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, residente en esta Corte, digo que á mi derecho conviene probar y averiguar de cómo yo he estado cautivo en la ciudad de Argel, y cómo soy rescatado, y lo que costó mi rescate, etc.» Esta información del cautiverio de Miguel de Cervantes, *pedida por él mismo*, con fecha 18 de Diciembre de 1580, y que se halla en el protocolo del escribano Rodrigo de Vera, pone término á todas las disputas entre las diversas poblaciones que aspiraban á la gloria de contar á Cervantes entre sus más ilustres hijos; y de hoy en adelante, nadie podrá poner en duda que en Alcalá de Henares abrió sus ojos á la luz el inmortal autor de la inmortal novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Muchos son los manuscritos de gran interés histórico que ha encontrado el Sr. Pérez Pastor y discretos los comentarios con que, en forma de notas, ha ilustrado su publicación; pero en este artículo sólo vamos á tratar de algunos de los documentos que se refieren á la hija natural ó bastarda de Cervan-

tes, que casó en segundas nupcias con el escribano Luis de Molina.

En el protocolo del escribano Martín de Urraca aparece un documento en que Isabel de Saavedra y su hermana Ana Franca, huérfanas de Alonso Rodríguez y Ana Franca, mayores de doce años y menores de veinticinco, nombraron su curador *ad litem* al procurador de número de Madrid Bartolomé de Torres. Este documento tiene la fecha del día 9 de Agosto de 1599, y dos días después, el 11 de Agosto, en la misma escribanía de Martín de Urraca se halla el asiento de servicio de la citada huérfana Isabel de Saavedra en casa de la hermana de Cervantes, D.^a Magdalena de Sotomayor.

Ya D. José María Sbarbi y D. Julio de Sigüenza publicaron escrituras legalmente autorizadas, por las cuales se supo que Isabel de Saavedra casó en segundas nupcias con el escribano Luis de Molina; pero ahora el Sr. Pérez Pastor aumenta considerablemente las noticias acerca de la vida de la hija de Cervantes publicando un testamento suyo, otorgado con fecha 4 de Junio de 1531, y un codicilo que tiene la misma fecha, y otro testamento de Luis de Molina que lleva la fecha de 31 de Diciembre de 1531, en el cual instituye por heredera de sus bienes á su mujer D.^a Isabel de Saavedra. Esta institución de heredero demuestra claramente que la hija de Cervantes no falleció de la enfermedad aguda que parece le aquejaba al hacer su testamento en el mes de Agosto del ya repetidamente citado año de 1531.

D.^a Isabel de Cervantes y Saavedra, que así firma su testamento, dice que es hija de Miguel de Cervantes y Ana de Rojas, y deja un legado para su hermana Ana de Rojas.

Considerando la arbitrariedad con que se usaban los apellidos en el siglo XVII, hasta tal punto que la hermana de Cervantes D.^a Magdalena firma indistintamente, Magdalena Pimentel de Sotomayor, Magdalena de Sotomayor y Magdalena de Cervantes, es de creer que la madre y la hermana de Isabel de Saavedra, que en su testamento llama respectivamente Ana de Rojas y Ana de Rojas, son las mismas que en el nombramiento de curador se nombra también respectivamente Ana Franca y Ana Franca.

¿Cuál era el verdadero apellido de la madre de Isabel de Cervantes, Rojas ó Franca? ¿En qué fecha nació la hija natural ó bastarda de Cervantes?

Los documentos publicados por el Sr. Pérez Pastor no resuelvan estas cuestiones, pero acaso inclinan á creer que si Isabel de Saavedra era mayor de doce años en 1599 bien podría tener catorce, y en este caso habría nacido en 1585, año en el cual se extendió la partida de bautismo de Isabel Chiticalla, que halló en Esquivias nuestro amigo D. Manuel de Foronda.

Y nótese que por esta época residía en Esquivias cierta viuda de Luis de Salazar, llamada D.^a Ana de Rojas, según aparece comprobado en escrituras judiciales examinadas por el dicho Sr. Foronda, y de las cuales nos dió noticia en su conferencia *Cervantes en la Exposición histórico europea*.

El Sr. Pérez Pastor dice: «Estimamos como muy probable que Isabel de Saavedra nació antes que Miguel de Cervantes casara con D.^a Catalina de Salazar Vozmediano. Diciendo en esta curaduría (se refiere al documento que ya hemos citado) que ambas menores son mayores de doce años y menores de veinticinco, aun tomando el *mínimum* entre estos números, resulta que Ana Franca, en Agosto de 1599, tendría por lo menos trece años y su hermana mayor Isabel unos quince, que descontándolos de 1599, dan para su nacimiento la fecha de mediados de 1584, anterior, como es sabido, al casamiento de Cervantes con D.^a Catalina de Salazar, que se verificó en 12 de Diciembre de dicho año».

Bien puede ser que acierte en su conjetura el Sr. Pérez Pastor, y que Isabel de Saavedra sea hija natural, y no bastarda, de Miguel de Cervantes, y un dato hay que induce á pensar así en los mismos *Documentos cervantinos* de que ahora estamos tratando. En la partida de velaciones de D.^a Isabel de Cervantes con Luis de Molina dice: «Padrinos, Miguel de Cervantes y D.^a Catalina de Salazar». Parece que D.^a Catalina de Salazar podía perdonar á su marido un desliz amoroso anterior á su casamiento, pero no una infidelidad conyugal cometida precisamente en los días en que á los ya casados se les sigue llamando novios, para indicar sin duda que aún vive en

ellos todo el fuego de la pasión, que les movió á unir sus voluntades con lazo indisoluble.

Sin embargo de lo que acabamos de escribir, bueno es recordar que la virtud cristiana puede llegar hasta el heroísmo, y si D.^a Catalina de Salazar hubiese perdonado la infidelidad de su cónyuge hasta el punto de ser madrina de boda de la hija bastarda de Cervantes, merecedora sería de mayor alabanza que la que merece en el caso de que se admita como verdad la hipótesis del Sr. Pérez Pastor referente á la fecha del nacimiento de D.^a Isabel de Saavedra.

Lo que resulta plenamente demostrado en la colección de *Documentos cervantinos* del Sr. Pérez Pastores que se equivocó por completo el Sr. Sigüenza cuando dijo que Isabel de Saavedra era hija legítima de Cervantes, y que hay también que desechar la hipótesis, ideada por el Sr. Benjumea, de que sólo fuese su hija adoptiva, hipótesis que nosotros aceptamos como posible en el prólogo de un folleto escrito por nuestro buen amigo D. Manuel de Foronda.

Lo hemos dicho antes y lo repetiremos ahora: los comentarios que hace el Sr. Pérez Pastor acerca de los documentos que publica nos parecen muy acertados; pero como no hay regla sin excepción, tenemos el disgusto de no estar conformes con lo que dice comparando el testamento y codicilo de D.^a Isabel de Cervantes Saavedra con el de su marido Luis de Molina. Dice el Sr. Pérez Pastor que la hija de Cervantes, «después de hacer constar que su marido la había disipado más de la mitad de su dote... le deja 200 ducados, algunos muebles, el derecho á cobrar varias deudas, mas cualquiera derecho justo que ella tenga á las casas de la Red de San Luis».

Como D.^a Isabel instituyó por herederos de todos sus bienes al abad y monasterio de San Basilio de Madrid, dice el Sr. Pérez Pastor, «es de lamentar que la piedad y el perdón de la esposa para con el esposo falten en momentos tan críticos, de modo que toda persona de sentimientos delicados acaba la lectura de ambos documentos (testamento y codicilo) con el ánimo apenado».

Examinando después el testamento de Luis de Molina, afirma el Sr. Pérez Pastor que «consuela ver la noble franqueza

con que declaraba la disminución de la dote de D.^a Isabel, el amor con que trata todos los asuntos de su mujer y el deseo de que en todo se haga la voluntad de su esposa».

Nosotros vemos en el testamento de Luis de Molina la obra de un escribano *listo*, que dice «declaro, *para descargo de mi conciencia*, que la poca ó mucha hacienda es de la dicha doña Isabel de Saavedra, mi mujer, que antes le he consumido y gastado mucha parte de su dote, por lo cual la dejo y nombro por mi universal heredera»; y como en las declaraciones que preceden sólo se mencionan deudas contraídas por el testador y derecho á poner pleitos para reclamar dineros, que se hallaban en poder de personas que, según parece, eran aficionadas á guardar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, habría que tomar á beneficio de inventario la herencia de tan saneado caudal.

El testamento de D.^a Isabel de Cervantes Saavedra es la obra de quien, creyendo que el más importante negocio de la vida es la eterna salvación del alma, se ocupa en disponer todo lo que á este fin puede conducir é instituye por heredera á la Iglesia, en la persona jurídica de una congregación religiosa, pensando sin duda que de este modo el empleo de sus rentas sería más piadoso que el que pudiera darles su marido Luis de Molina. No se puede ni se debe considerar como una venganza por la dilapidación de una parte de su dote el hecho de que Isabel de Saavedra no deje heredero de sus bienes á Luis de Molina; porque, según parece, en la familia de Cervantes no estaba en uso que los maridos supervivientes fuesen herederos de sus respectivas esposas. El señor Pérez Pastor publica un testamento de D.^a Catalina de Salazar, en que esta señora nombra por heredero á su hermano Francisco de Palacios, y sólo deja una manda á su marido Miguel de Cervantes.

Hay además una cláusula en el testamento de D.^a Isabel de Saavedra que verdaderamente la honra, puesto que en ella dice que transfiere á su marido *cualquier derecho justo* que tuviere á la propiedad de las casas de la Red de San Luis (hoy calle de la Montera), *y en caso que á ello no haya justicia es mi voluntad que no lo intente.*

La religiosidad de D.^a Isabel de Cervantes Saavedra se halla confirmada al nombrar como testamentarios á su tío el padre presentado Fr. Juan de Villafranca, á su confesor el doctor Juan del Espino, y al padre abad que lo fuese del convento de San Basilio de Madrid al tiempo de su muerte, y á quien le sucediese en este cargo, si fuese preciso, mientras durase la testamentaría.

Á excepción del juicio que emite el Sr. Pérez Pastor, comparando el testamento de la hija de Cervantes con el de su marido Luis de Molina, juicio no conforme con el que nosotros hemos formado leyendo ambos documentos, todo ó casi todo lo que dice el colector de los *Documentos cervantinos* en sus notas y comentarios nos parece tan bien pensado como claramente expuesto: El presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor ha llevado á cabo una obra de capital importancia para el conocimiento de la biografía de Cervantes al reunir los cincuenta y seis documentos hasta ahora inéditos que acaba de publicar, merced al generoso patrocinio del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. Autor y editor, digamoslo así, merecen plácemes mucho más justificados que los que de ordinario se otorgan por los fabricantes de glorias *improvisadas*; pero está tan desacreditado el elogio, que hoy sólo creemos en el mérito de las obras literarias, cuando las leemos, si son libros, ó cuando las vemos representar, si son dramas ó comedias, y dignas de aplauso las encontramos. Quien lea los *Documentos cervantinos* del Sr. Pérez Pastor, verá por sus propios ojos que este libro vale más, mucho más de lo que nosotros hemos dicho, temerosos de que nuestro sincero encomio se confundiese con las destempladas voces que transforman la crítica en panegírico, cuando no en furibunda sátira. Ante la crítica que ensalza ó condena sin medida, que es hoy la predominante, la crítica que pretende conservar la serenidad del juicio parece fría cuando aplaude, y benévola en exceso cuando condena. Otros alabarán el libro del Sr. Pérez Pastor con más autoridad y mayor acierto que nosotros; pero nadie nos aventajará en lo sincero de nuestro modestísimo aplauso.

II

En el momento en que terminábamos este artículo, ha llegado á nuestras manos el número de *La Ilustración Española y Americana*, correspondiente al 15 del actual mes de Marzo de 1897, y nos parece conveniente copiar aquí algo de lo que dice en la *Crónica general* del dicho número nuestro buen amigo el Sr. Fernández Bremón, por dos motivos que después explicaremos.

«Los aficionados á Cervantes, dice el Sr. Bremón, están hoy de enhorabuena con la publicación del libro titulado *Documentos cervantinos*, hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por el presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor, y merecen bien de la patria el autor y el Marqués de Jerez de los Caballeros, que los ha publicado á sus expensas. El hallazgo de 56 documentos relacionados directamente con Cervantes y su familia enriquece de tal manera la historia positiva del gran escritor, que, á nuestro juicio, la publicación de este libro es día fausto para las letras españolas; los aficionados le acogerán con cariño en sus librerías y estamos seguros de que siempre le hojearán con delectación.

»El Sr. Pérez Pastor no se aventura á hacer suposiciones; inserta documentos inéditos y extrae de ellos lo que realmente contienen, con gran sobriedad, pero con criterio tan sagaz y justo que sus decisiones no tienen réplica, y siendo matemático resulta ameno, y siendo tan ceñido á los hechos no es árido ni cansado; al concluir el libro, tan aficionado queda el lector á ir conducido por práctico tan seguro, que exclama sin querer:—Adelante, Sr. Pérez Pastor, y hasta lo más pronto posible.»

Después de este merecido y caluroso elogio, examina el Sr. Fernández Bremón algunos de los documentos más importantes publicados por el Sr. Pérez Pastor, y termina observando que nadie se explicaba cómo en *La pícarra Justina*, libro impreso en 1605, pero cuyo privilegio lleva la fecha del año 1604, había unos versos en que se citaba á *Don Quijote*

como ya famoso, y que en una carta de Lope de Vega, escrita también en el año de 1604, se aludiese como cosa públicamente conocida al *Quijote* de Cervantes, siendo así que pasaba como primera edición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* la publicada en 1605. «El Sr. Pérez Pastor ha dado en la clave, dice el cronista de *La Ilustración*, demostrando lo que el sentido común hacía saltar á la vista, es decir, otra edición anterior á la de 1605, hecha en Madrid, de que nadie ha visto ejemplar alguno, que se sepa; pero hay datos positivos de su existencia, los asientos del libro de la Hermandad de libreros de Madrid, donde consta haberse entregado antes del 26 de Mayo de 1604 dos ejemplares del *Quijote*.» Y pregunta el Sr. Fernández Bremón: ¿se conserva algún ejemplar de esta primera edición? «Todos los bibliófilos, añade, se han de lanzar en busca de esa joya de 1603 ó 1604, como quien busca el premio grande, pues la rareza y prioridad daría al libro un precio enorme. ¿Existirá en la modesta librería de algún labriego? Examinen éstos los *Quijotes* antiguos que haya entre sus libros arrinconados, y si ven alguna fecha anterior á 1605... den parte del hallazgo, déjenle examinar por personas entendidas y no le vendan sino á pública subasta, á menos que no quieran regalarle á la Nación. La caza de la edición príncipe del *Quijote* será difícil, pero no imposible; si alguien tiene noticia de ella, haría un servicio comunicándolo á la prensa.»

Hemos copiado de la crónica de *La Ilustración* la parte que antecede, para confirmar con la autorizada palabra del Sr. Fernández Bremón nuestro juicio favorable acerca del libro *Documentos cervantinos*, y para contribuir á divulgar la noticia de que se hizo una edición del *Quijote* anterior á la de 1605, como medio de conseguir que se procure encontrar algunos ejemplares (bastaría con que se encontrase uno) de esta verdadera edición príncipe del inmortal libro del inmortal Cervantes.

LUIS VIDART.

Madrid 23 Marzo 1897.



LA HIJA DEL FUEGO

I

Fernando de Mejía,
á quien cariño singular profeso,
es un extraño joven
poético y romántico en exceso,
que se pasa soñando noche y día
sin que las penas ni un perfil le roben
al sueño que engendró su fantasía:
en música es su autor el gran Beethoven
y Byron su modelo en poesía.

II

Entrado ya en sus años juveniles,
esa edad cuyas horas presurosas
se han figurado miles
que son tan venturosas
cual las frescas mañanas de las rosas
que abre la primavera en los pensiles,
hallábase Fernando
quizá de sus ensueños descansando

dentro de un bonancible
intervalo de paz tranquila y mansa,
de esa paz indecible
en que después de una batalla horrible
duerme el amor y el corazón descansa
para adquirir más ánimo y más bríos
y pedir nuevamente
á una nueva mujer que le dé amores,
pues los hombres las buscan fatalmente
sin volver á pensar en sus desvíos,
como buscan el sol todas las flores
y corren hacia el mar todos los ríos.

III

¡Siempre alguna mujer! Indispensable
es hablar de ella y dedicarle afable
alguna estrofa que en su obsequio vaya,
como es inevitable
que de la mar nos hable
todo el que pisa la risueña playa.
¡La mujer! Un abismo obscuro y hondo
matizado de rosas y de estrellas
que no conserva á su alrededor las huellas
de los que han ido á perecer al fondo,
y al cual todos ufanos
marchan entre la fiebre y el delirio,
como en Roma llegaban los cristianos
al circo á recibir de los hircanos
tigres la roja palma del martirio.
Tú pierdes á los míseros amantes
en cada fugaz hora
que pasan á tu lado embebecidos;
mas los que viven sólo unos instantes
sin ti, se ven perdidos.
¡Ah, pérfida sirena encantadora!
Ya no hay Ulises, no, que sus oídos

se cierran como en épocas distantes,
y puedes con tu música traidora
engañar á los pobres navegantes.
Cual mariposas que entre flores juegan,
todos á ti se entregan,
sin que logre ninguno libertarse
de dirigirte eróticos vocablos,
pues hoy día ha llegado á averiguarse
que cualquier hombre tiene que entregarse
á Dios, á las mujeres y á los diablos.
Flores de amor, deidades de la suerte,
huríes del terreno paraíso
que beber nos hicisteis de improviso
en copas de placer filtros de muerte;
ángeles ricos de beldad é ingenio
que acompañasteis por la tierra al genio;
mágicas de la historia
cuya alegre memoria
no dejarán los siglos que sucumba,
pues supisteis un sol dar á la gloria
á la vez que un cadáver á la tumba;
decidle al mundo preso en vuestros lazos
por qué al que os dió de su alma las primicias
un dogal le ofrecieron vuestros brazos
y un veneno mortal vuestras caricias!
Francesca, dí, ¿qué fiebre delirante
te hizo besar los labios de Paolo
con aquel beso solo
por el cual á su infierno os llevó el Dante?
Margarita, ¿conservas en la mente
la imagen de la tarde en que, inocente,
en el jardín con Fausto paseabas
y, presa del amor que ya sentías,
una flor de tu nombre deshojabas,
y mientras cada pétalo arrancabas
me ama... no me ama... ¿me ama! repetías?
¿Por qué no se secó cuando cogiste
aquella flor de porvenir tan triste?

Fornarina, ¿qué pérfida ternura
guardó tu seno mórbido y divino
para que fuese lecho y sepultura
del corazón de Rafael de Urbino?
Y tú, mujer apasionada y loca,
¿qué veneno en tu boca
diste á Giorgione que, al beberlo, expira
el gran artista soñador de Grecia,
en cuyos cuadros centellar se mira
la luz de las lagunas de Venecia?
Y tú, también, encantadora aleve,
¿por qué secaste en término tan breve
la vida de Mozart, llena de males,
cuando en su lecho trémulo escribía
el sublime *Requiem* que serviría
para cantar sus propios funerales?
¡Ah, volved á la tumba el cuerpo inerte
y gozad del reposo á que convida,
si no es que, como Hamlet nos advierte,
en medio de la noche de la muerte
se ven cruzar los sueños de la vida!

IV

Nuestro joven Fernando
se encontraba en su cuarto en dulce calma,
como un sultán gozando
de la quietud del cuerpo y la del alma,
recostado... Pero antes es preciso,
para que no me tachen de conciso,
decir que *era de noche...* y *sin embargo...*
que no llovía: ¡hay noches que no llueve!
mas del célebre autor, á quien se atreve
mi pluma á corregir, diré, en descargo,
que si agua no cayó, caía nieve.
Arrellanado en cómoda butaca,
al pie de su francesa chimenea

sobre la cual, con infantil gracejo,
saliéndose del baño, se destaca
linda estatua de Venus Citerea
que copia por la espalda un grande espejo,
mirando se recrea
los blancos copos que en la noche opaca
caen tras los cristales
y quedan suspendidos
en las matas de pálidos rosales
puestos en los balcones,
donde, mustios, desnudos y ateridos,
esperan á que entreabra sus botones
la estación de las flores y los nidos.
Bello cuadro que cubren dos alfombras
de nieve y felpa: ¡abismo sin medida!
Afuera invierno y frío y muerte y sombras;
adentro estío y fuego y luz y vida.
¡Qué grato fuera así junto á la llama
contemplar incesantes
caer la nieve cuando el cierzo brama
y en los árboles cuelga en cualquier rama
un palacio de aristas de diamantes,
si el hombre, extraño á los mayores duelos,
no se acordase que, aunque Mayo vuelva,
existen ¡ay! debajo de los cielos
pobres sin techo y pájaros sin selva!
¡Con qué entusiasmo y júbilo profundo
gozara de estos cuadros diferentes,
si á la vez no pensase que en el mundo
también existen hielos inclementes
que grandes fuegos en el alma extinguen
y hay muchos pies ardientes
que cruzando entre nieves se distinguen,
y mientras todo en discordancia marcha
se oyen latir, gimiendo,
corazones que dentro están ardiendo
y por fuera se cubren con escarcha!

V

Brillaba el fuego vivo y esplendente,
y al caldear la estancia,
iba insensiblemente
devolviendo el vigor y la fragancia
al corazón del joven agostado,
que, olvidándose un poco del presente,
miraba hacia el pasado,
esa especie de brujo endemoniado
que fascina al más cuerdo,
aunque da y quita al punto lo que ha dado;
y pasando la mano por su frente,
para arrancar tal vez algún recuerdo
que en alas de su espíritu errabundo
le traía, cual seres de otro mundo,
gratas ideas, que olvidar desea,
procuraba en la ardiente chimenea
lanzar con el fastidio que le agobia
una tras otra fugitiva idea,
como las cartas de una antigua novia.

GUILLERMO BELMONTE MÜLLER.

(Concluirá.)



NOTAS DE UN LECTOR

Sin autoridad para imponer un juicio crítico razonado, sin valentía para proclamar ideas artísticas revolucionarias, estas «Notas de un lector», sentidas más que pensadas, no aspiran á convencer inteligencias; sólo han menester de simpatía. Para lograrla, más que en méritos propios, confío en cualidades inherentes al sentimiento del Arte en la juventud; cualidades que son la juventud misma y la sinceridad con que se siente en ella la emoción artística. Juventud y sinceridad reflejarán mis impresiones con más calor que luz á veces; porque bien puedo decir del Arte con Gabriel Rossetti: *I loved Art, before lepre I loved a woman.* (Amé el Arte antes de amar á ninguna mujer.)

*
* *

Desde luego, en mis «Notas» atenderé con preferencia á los libros y á los autores del día, y serán á modo de crónica literaria contemporánea.

Siempre el autor será preferido al libro, y al libro la idea. Por esto mismo, aunque no sean de reciente publicación, á modo de lunes clásicos, anotaré autores y libros antiguos; siquiera para no incurrir en la tacha de *modernista* ó en la de flamante escritor (frase usada como despreciativa por severos

críticos cuando de autores noveles se trata). Evitaré por igual lo *modernista* y lo flamante, aunque me permitirán que, en clase de espectador, asista á los lunes clásicos, no al uso del siglo XVII, sino al uso del día; de frac, y á ser posible, por el último figurín del mejor sastre. Á obras viejas, público nuevo. ¡Ah, si las obras de Arte estuvieran sujetas á revisión como las Constituciones políticas! ¡Pero á revisión sincera, sin preocupaciones ni respetos! ¡Cuántos serían los que no aguardarían la hora de la muerte para confesar que les carga Dante!

Como de tiempo en tiempo es preciso que por saneamiento, mejora ó ensanche desaparezca algún cementerio (por muy sagrado lugar que sea) y multitud de restos mortales se confundan en un osario común, sin epitafios ni señales distintivas, así es preciso confundir multitud de obras, impuestas á la admiración de las generaciones por llamativo panteón, labrado piadosamente por parientes y testamentarios.

Retóricas de texto en Institutos, son nichos de mampostería venerados, donde se perpetúan restos mortales de *clásicos* que bien pueden pasar á un hoyo grande.

Muy loable es declarar monumento nacional un prodigio del Arte antiguo; pero no vejece multiplicadas en mil ejemplares, de los cuales basta conservar uno como documento histórico.

El incendio de una biblioteca, como la de Alejandría, cada dos ó tres siglos, sería un suceso beneficioso para la humanidad, aliviada de tan inmensa balumba de libros.

Un solo cerebro poderoso que conservara la esencia de todos ellos, algo así como el humo, bastaría para legar al mundo lo valedero, sin agobiarle con lo numeroso.

En Arte, como en Política, como en todos los componentes de la vida social, sólo será fuerte y grande la generación que, valerosa, rompa la solidaridad con lo pasado y no acepte su herencia, declarándose en quiebra, para comenzar nueva y propia vida con propio esfuerzo.

Pero en el mundo moral, al contrario que en el material, es más difícil destruir que edificar. Y no obstante, la destrucción violenta se impone, porque si de los organismos vivientes puede esperarse evolución, de los paredones de cal y canto sólo

puede esperarse eterno obstáculo ó ruina asoladora; sólo un buen golpe de piqueta puede derribarlos á tiempo, porque las piedras no entienden de otra evolución.

En Arte, donde también hay muros, incapaces de evolución, se impone también á veces la piqueta. Pero no quiero parecer un anarquista del Arte. Por desgracia, la gente nueva aún no ha proyectado la gran ciudad del porvenir; no es cosa de derribar por complacencia asoladora.

*
* *

No han sido tantas las últimas novedades literarias que unas á otras se hayan quitado actualidad. En periódicos diarios, donde la literatura es un *suceso* más, parecería tardío hablar de los discursos pronunciados en la Academia Española, en las últimas recepciones; para los lectores de la REVISTA, creo que aún será más interesante que la reseña de las últimas obras estrenadas por esos teatros en los que (á imitación de los aparatos automáticos callejeros) se echan unos cuantos perros grandes por la taquilla y sale por el escenario una pieza con música.

Notabilísimos han sido los cuatro discursos leídos por don Benito Pérez Galdós, D. Marcelino Menéndez y Pelayo y don José María Pereda.

Pérez Galdós, más atento en el primero de los suyos á la brevedad que al lucimiento (temeroso de sus condiciones como lector), mostró, sin embargo, meditado estudio del tema propuesto; que sólo cuando se domina un asunto en todos sus aspectos puede sintetizarse con tan perspicaz ojeada.

Muéstrase Pérez Galdós últimamente muy preocupado por la dirección de los gustos y aficiones del público, preocupación que, en mi sentir, le perjudica no poco, sobre todo en sus obras teatrales. En sus últimas novelas, consideradas por Menéndez Pelayo y por la crítica en general como evolución hacia el misticismo, creo yo ver más bien evolución hacia las tendencias de *fuera* (por decirlo así) que evolución íntima y sincera del autor.

El estudio que el Sr. Menéndez y Pelayo consagra á las

obras del Sr. Pérez Galdós y al conjunto de su obra literaria, como á su significación en la literatura española contemporánea, es tan acabado, tan definitivo, resplandecen en él serenidad y elevación de ideas tan majestuosas, que, si dentro de dos ó tres siglos, otro Menéndez Pelayo consagrara un estudio semejante á Pérez Galdós (como clásico de nuestra literatura), habría de confirmar en todo el juicio del Sr. Menéndez y Pelayo. De pocas críticas contemporáneas de los autores pudiera decirse lo mismo. Verdad es que pocos críticos pudieran hacerlas como el Sr. Menéndez y Pelayo.

El discurso del Sr. Pereda ha motivado discusiones y artículos de polémica literaria, y para que no perdiera tan pronto la actualidad, al regionalismo literario, preconizado en él con entusiasmo, ha respondido á poco el regionalismo en acción.

Piensa el Sr. Pereda que el *modernismo* es opuesto al regionalismo, cuando nunca como ahora han triunfado los renacimientos regionalistas. Pero esta atención del pensamiento moderno á lo regional, á lo particularismo, es más bien derivada del esfuerzo por abarcar las ideas y sentimientos universales. Como nos interesamos por la literatura y el arte de pueblos muy lejanos, atendemos también con curiosidad, con interés, á las literaturas regionales dentro de nuestra propia literatura, y como novela regional siquiera y como estudio de costumbres regionales, debe aceptar el Sr. Pereda la novela cortesana madrileña. Al fin es un aspecto de la vida, tan digno del Arte como la primitiva sencillez de las regiones montañosas.

Cree el Sr. Pereda que el desnudo es mejor motivo de inspiración para el Arte. Eternos serán los lienzos de Velázquez como las esculturas griegas, y Velázquez retrató á sus contemporáneos muy vestidos, con todos los arrequives cortesanos de ridículas y pasajeras modas. El mismo desnudo griego (si bien se reflexiona) era algo también de hechura á la moda, con sastres como Platón, Fidias y Apeles.

De lo que nadie podrá dudar es de la buena fe del Sr. Pereda. Como negociante que aconsejara á todos sus amigos que emprendiesen el mismo tráfico, sin temor á perjudicarse con la competencia; así el Sr. Pereda aconseja á todos los escritores que escriban novelas regionales. No, Sr. Pereda, haga

cada cual lo que sepa y pueda. Para Pérez Galdós, por ejemplo, no hay riesgo en el consejo, porque sabe y puede hacer lo rústico y lo urbano; pero hay otros que fuera de su *Madrid* están perdidos. Permita usted que tengamos nuestra novela y nuestro teatro, si no como capital de España, como provincia de Castilla la Nueva.

JACINTO BENAVENTE.

23 Marzo 97.





Z I S Z Á S

La revista alemana *Vom zum Meer* continúa publicando los recuerdos póstumos de Antonio Rubinstein. En el último número refiere el ilustre músico con verdadero *humor* varios graciosos desengaños de su carrera triunfal, y resulta de la relación provechosa enseñanza para aquellos artistas que no estén persuadidos de lo poco que vale la gloria: «Pasdeloup, dice, organizó en París un *Concierto popular ruso* que me encargué de dirigir. Verificóse el concierto en el Circo con asistencia de más de cuatro mil personas. Obtuve un éxito prodigioso, y ante la muchedumbre que me aclamaba entusiasmada me creí ser el punto de mira de la humanidad entera... Al salir del Circo encontré á mi amigo X.: ¿Cómo usted por París?, me dijo. ¿Piensa usted dar algún concierto?

»Otra vez, por la mañana, tocaba en Londres, y el piano hallábase colocado en medio del salón, merced á lo cual distinguía perfectamente á mi auditorio. Durante la ejecución de una pieza, en el momento más patético, tuve la desdichada idea de mirar al público y vi en primera fila á una anciana que bostezaba á más no poder. Prometí no levantar nunca los ojos del teclado. En una ciudad de España alcancé uno de los éxitos más ruidosos; al concluir fué un delirio de aplausos, y me halagó, en particular, el calor con que batían palmas las se-

ñoras. ¡Ay! Pocos días después presenciaba una corrida de toros y noté, en la manera como las mujeres aclamaban á los toreros, que la fuerza física y la agilidad corporal agradábanles mucho más que una manifestación artística.»

Rubinstein concluye con esta observación: «Sólo cuento los desengaños cómicos de mi carrera; prefiero callar los desengaños trágicos que he sufrido. Éstos, por otra parte, ¿quién no los conoce?»

Aun antes de dar el ilustre académico Brunetière su anunciada conferencia en el Círculo Artístico y Literario de Bruselas, ya la discutían los periódicos. Quién aseguraba que combatiría sin piedad al feminismo y á sus partidarios; quién presumía que apoyaría las reivindicaciones feministas más imperiosas.

Sin incurrir en ironía ni caer en falso sentimentalismo, proclamó el derecho en la mujer, como en el hombre, á ganarse la vida, si bien confesando que el ideal para ella está en ser esposa y madre, nada más. Tal confesión no podía desagradar á los feministas. Pero Brunetière no quiere que se concedan derechos políticos de ninguna clase á la mujer, y se funda en varios motivos, de los cuales citaremos los más curiosos, aunque no los más convincentes: en casi todos los países de Europa ni está organizado el sufragio universal ni es orgánico. Se le ha concedido á los hombres; bueno, no es cosa de volver sobre lo hecho; pero no es esto razón para que se conceda á las mujeres, porque no es preciso poner un arma cargada en manos de quien no sabe manejarla. Esta conclusión pugna con las pretensiones de algunos profetas de cierto feminismo.

Tocante á la instrucción, opina el insigne escritor que ha de ser muy amplia para las mujeres; censuró enérgicamente las burlas que hizo Molière de las *mujeres sabias*; comprende sin esfuerzo á la mujer estudiando física, leyendo en sus textos originales á Homero y á Virgilio. Solamente le parece mal que se envanezca con su ciencia y busque en ella un pretexto para protestar contra la indisolubilidad del matrimonio.

Nada menos que siete ciudades se disputaban la gloria de haber visto nacer á Homero, y todas las ciudades de los Estados Unidos, sin excepción, pretenden la honra de haber dado á luz al inventor de la *interview*, supremo refinamiento de nuestra civilización. Parece haber sido autor del famoso descubrimiento el Sr. M'Cullagh, redactor jefe del *Globe Democrat*, quien hace poco falleció en San Luis. Hay que agradecer á la prensa americana que haya reducido al silencio las reclamaciones de las ciudades rivales, aclarando el siguiente punto histórico: José M'Cullagh nació en San Luis, y justo es, si no han de pecar de ingratos, que nuestros colegas de Ultramar le levanten una estatua. Por menos se han erigido varias en España.

M'Cullagh era una excelente persona que no reparaba en gastos cuando se trataba de la defensa de sus opiniones; deísta convencido, hizo una jugarreta al conferenciante ateo Sr. Ingersall, quien anunció que repetiría un domingo por la tarde en San Luis la conferencia que pocos días antes pensaba dar en una población de un Estado próximo. M'Cullagh mandó que varios taquígrafos siguieran á Ingersall, y el día señalado para la conferencia de San Luis publicaba el *Globe Democrat* en extenso el discurso de Ingersall defendiendo el ateísmo. Nadie se molestó en ir á escuchar lo que ya sabía, y M'Cullagh se frotó las manos de gusto, porque así prestó un buen servicio á su diario y trabajó en pro de la buena causa.

No cabe duda, ese hombre merece una estatua.

La prisión por deudas, que ha desaparecido de todos los países de Europa, subsistía aún en Finlandia. Los malos pagadores, temerosos de ser detenidos, no se atrevían á salir á la calle por el día en Helsingfors; esperaban á que se pusiese el sol para saborear el higiénico placer del paseo, libres de los polizontes. Los fineses que no sientan afición al noctambulismo hállanse de enhorabuena, puesto que el 31 de Diciembre pasado á las doce de la noche se cerró la prisión por deudas de Helsingfors, la cual estuvo muy en boga en los últimos diez años. Se encerraba allí, por término medio, á cin-

cuenta personas al año, en su mayor parte á petición de usureros, sastres y personas que ejercen á la vez aquella industria y este oficio. Solían permanecer poco tiempo los presos, porque raro era que no hallasen en una decena de días el medio de satisfacer sus deudas; pero se han conocido deudores lo bastante tercios para permanecer tres años en la cárcel, antes que hacer á sus acreedores la menor concesión. Ésa era la duración máxima de la prisión por deudas, y como el acreedor tenía la obligación, trascurridos los primeros diez días, de pagar el hospedaje á su víctima, casi todos renunciaban al placer de la venganza.

Hasta 1890 la cárcel de Helsingfors fué una especie de fonda, en la que los detenidos gozaban de relativa libertad; recibían visitas, encargaban que les llevasen la comida de fuera, organizaban fiestas, á las que invitaban á sus amigos; se bebía y se jugaba en las barbas mismas de sus perseguidores. Hasta podían salir acompañados de un vigilante. Desde el citado año se les sometió á un régimen estrecho: pan por la mañana, sopa y carne al mediodía y pan con un arenque por la noche; prohibióseles salir y fumar; á las nueve de la noche se apagaban las luces. El excesivo rigor de este reglamento ha favorecido á los deudores de Finlandia, porque ha hecho que se suprima la prision por deudas y quede cada uno en libertad de contraer las que pueda ó quiera.

El año pasado falleció en Nantes, á edad muy avanzada, un sabio que fué á la vez hombre de bien, James Lloyd. Habiéndose dedicado desde su juventud al estudio de las ciencias naturales, y particularmente de la botánica, se dió á conocer por la publicación de una excelente *Flora del Oeste de Francia*, que comprendía todas las plantas que viven en el litoral y regiones inmediatas del interior, desde la desembocadura del Gironda hasta la extremidad de Finisterre. Dicha obra, de la que se han hecho seis ediciones, se funda en un herbario de los más ricos y en una biblioteca especial de las más completas, que su propietario ha legado á la ciudad de Angers—en donde siempre fué muy estimada la botánica—con la renta

necesaria para la conservación y aumento de la preciosa colección.

Todavía ha hecho más el Sr. Lloyd. Deseoso de favorecer no sólo la botánica, sino también á los botánicos, estipuló en su testamento que se designe á uno de éstos para conservador de la biblioteca y del herbario, con el sueldo anual de 3.000 pesetas, para lo que deja un legado especial. Y á fin de que no se nombre á uno de esos botánicos ricos que apenas se cuidaría de la cosa, añade que el destino se ha de conceder, «sin fijarse en títulos universitarios, á un botánico humilde, amigo de la naturaleza, que se dedique al progreso de la ciencia á la que tanto quiso». Y encarga á la Sociedad botánica de Francia, de la que era uno de sus individuos más antiguos, que forme una terna de candidatos para que elija uno de ellos el alcalde de Angers.

Renato Doumic ha dado en París una notable conferencia sobre el tema *Vida privada de los escritores*. Combate la manía de indiscreciones que se ha apoderado actualmente del periodismo y que convierte el mundo literario en un gran cuarto de portera charlatana y murmuradora. Bien está, en ocasiones, que se hable de la existencia íntima de algunos grandes líricos, como Lamartine y Gœthe, porque conviene conocer su estado de alma en el momento de producir tal ó cual obra maestra. Pero, en general, sólo debería dirigirse la atención del público al «ser no real que vive en un mundo de imaginación y de ensueños». El escritor sólo se diferencia de los demás hombres porque tiene la facultad de desdoblarse; por lo tanto, lo que en él recuerda al burgués, al caballero que toma el tranvía, fuma y vive como cualquiera otro mortal, será útil para la chismografía, pero no nos enseña nada acerca del valor y significación de la obra de arte. Tal es la tesis sostenida por Doumic con abundancia de argumentos.

Más de un siglo hace que se discute si las obras que se atribuyen á Shakespeare las escribió éste realmente ó las produjo el filósofo Bacon. Una bibliografía que se publicó en

1884 cita más de 255 libros y folletos referentes á la tal controversia, y de entonces acá el número ha seguido creciendo.

El crítico inglés Sr. Thorpe acaba de dar á conocer el resultado de sus pesquisas; no duda de que el teatro de Shakespeare sea realmente producción de un escritor así denominado. Lo que ha hecho que las gentes se equivoquen y confundan al autor del *Novum Organum* con el del *Rey Lear* es que ambos contemporáneos sostuvieron constantemente estrechas relaciones de amistad. Bacon, dice el Sr. Thorpe, poseía en Twickenham un escritorio público, donde se copiaban, por encargo de Shakespeare, los manuscritos de sus piezas y las réplicas de los actores; tan lucrativa era la clientela del fecundo escritor, que Bacon, nombrado procurador general (*attorney*), se negó á perseguir á Shakespeare cuando le acusaron de que mataba ciervos para surtir su carnicería.

No fueron únicamente comerciales las relaciones de ambos compadres; como los dos eran aficionados al juego y á la bebida, pasaban horas y horas jugando y emborrachándose.

Thorpe afirma que es muy difícil decidir cuál de los dos era más tunante.

Prudente será no condenar en absoluto al célebre dramaturgo, fundándose en la sola opinión del Sr. Thorpe. Bastará un ejemplo para demostrar que su argumentación no descansa en una base sólida. El crítico se propone probar que «el autor de *Hamlet* sólo triunfó por el juego». Rara es la tesis, pero el razonamiento resulta más raro todavía: «Existe, dice Thorpe, en la obra de Shakespeare una particularidad lingüística extraña, que indica las costumbres del autor: el verbo *tramppear*—en el sentido de cometer fulleras—lo emplea veinticinco veces. ¿No deberá verse en esta elevada cifra la involuntaria exclamación de una conciencia intranquila? Por otra parte, en los dramas de Shakespeare no hay ni una escena de juego. ¿Cómo explicar tal fenómeno sino merced al cuidado que ponía el autor en no mentar la cuerda en casa del ahorcado?» Para el hábil crítico todo se convierte en argumento. No se detiene ni ante la contradicción cuando se trata de atacar á Shakespeare.

Los pretensos *descubrimientos* del Sr. Thorpe han sido

acogidos con gran frialdad en Inglaterra; no niegan á su manera de discurrir ingenio y originalidad; pero tampoco conceden á esa producción fantástica valor científico alguno.

La vida de David Teniers, émulo de Rubens, de Van Dyck y de Jordaens, era hasta ahora poco conocida, y algunos biógrafos, equivocadamente, habían hecho del autor de las *Kermesses flamencas* un bohemio de la familia de los Jan Steen, Brauwer y Franz Hals. El Sr. A. Wauters presenta como realmente fué aquella interesante figura del siglo XVII.

No hubo dos David Teniers, como generalmente se cree, sino tres: abuelo, padre é hijo. El gran David Teniers, fundador de la Academia de Amberes, fué, según Wauters, el segundo de la dinastía. Empezó muy joven á trabajar, se casó con la hija de Juan Breughel de Velours y fué sucesivamente pintor de Cristina de Suecia, Felipe II de España, el Archiduque Leopoldo y D. Juan de Austria. Mientras vivió su padre firmó los cuadros *David Teniers den Jonge ó el Joven*. Tuvo un hijo, al que también se dió el nombre de David, que firmó sus cuadros de igual manera que el padre.

Este David III tuvo un estudio muy importante, y como imitaba servilmente á su padre, sus cuadros durante mucho tiempo alcanzaron la misma aceptación que los del gran Teniers. Obtuvo el nombramiento de gentil-hombre, que su padre solicitó infructuosamente. Después de la muerte de ambos artistas, sus obras se confundieron á menudo y se llegó á creer en la existencia de un solo *Teniers den Jonge*. La leyenda atribuye á este pintor quimérico las extravagancias habituales de los pintores flamencos y holandeses. El Teniers de la realidad era, por el contrario, una persona de excelentes costumbres á quien sus hijos hicieron muy desgraciado. Gracias al trabajo concienzudo del Sr. Wauters, podrán distinguirse mejor de aquí en adelante los cuadros de David II de los de su hijo; no ganará poco con la selección la obra total del insigne artista.

Spronck, el inteligente redactor del importante periódico de París *Journal des Débats*, publica un brioso artículo, del que copio los párrafos que siguen:

«Todos habréis leído, como yo, que al bajar del púlpito el P. Etourneau, en la iglesia de San Ambrosio, donde acababa de predicar acerca de la *Riqueza y la Pobreza*, un grupo de oyentes vociferó desaforadamente: «¡Viva la revolución social! ¡Viva la anarquía!»

»Comprendo, me explico que cuando personas laicas animosas dan aquí ó allá una conferencia, sean interrumpidas y hasta injuriadas por energúmenos. Consecuencia amarga y acaso inevitable del derecho de reunión; la cortesía y la tolerancia no han entrado aún, á fines del siglo XIX, en las costumbres de todos. El recurso supremo de la violencia y el último argumento de la grosería consistirán siempre en ahogar la voz de las gentes honradas; hay cabezas tan duras que nunca penetrarán en ellas el sentimiento del respeto y la noción de libertad. En esto influyen un vicio natural y la falta de educación. ¡Cómo ha de ser!

»El caso del P. Etourneau es muy distinto. Cuando un sacerdote se mezcla en la lucha de los partidos y toma parte en las batallas políticas, cabe admitir que algunos no respeten los hábitos como merecen ser respetados... Pero cuando permanecen en la iglesia, en su iglesia—porque le pertenece, es suya, como lo es de los fieles que acuden devotamente á oír la palabra de Dios;—cuando no se sale de su ministerio y se ciñe, cumpliendo con su deber y usando de un derecho, á predicar el dogma y la moral, es inadmisibile que se le provoque, que se le insulte allí mismo, al pie del púlpito, al que sube en virtud de su apostolado. Confiamos que la policía sabrá evitar tamaños escándalos y que la justicia los castigará severamente. Media docena de alborotadores que se agrupan junto á la pila del agua bendita para insultar al predicador no tienen derecho á indulgencia de ninguna clase. Que no pretendan dárselas de libre pensadores ó de *esprits forts*; son sencillamente unos insolentes dignos de rigurosa condenación. Su delito no es sólo una ofensa á la religión de la gran mayoría de los franceses, una profanación impía: es un ata-

que al derecho común, un ultraje á la ley, público y tumultuario.

»¡Y á esto hemos llegado después de tantas revoluciones para que florecieran en nuestro país la libertad y la tolerancia! ...Culpa grande es de esa prensa que á diario habla del *negro espectro del clericalismo* á gentes de cortos alcances, en quienes se borran las nociones más elementales de sentido común; se les incita á los peores desmanes y, para apoderarse mejor de su voluntad, se les adula, llamándoles—por cinco céntimos al día—amigos del progreso y de la luz, enemigos del *obscurantismo*. ¡Quizás se lo crean los pobres diablos! Son locos, pero locos peligrosos, contra quienes tienen derecho á defenderse las personas que por ellos se ven amenazadas.»

Hace algunos meses que los periódicos del mundo entero anunciaron la súbita desaparición de la isla de Juan Fernández, que debe su celebridad universal á la novela de *Robinson Crusoe*. Decíase que la mencionada isla, que está cerca de la costa de Chile, se había sumergido en el mar, de resultas de un fuerte temblor de tierra, hundiéndose con ella los habitantes que la poblaban. El público lamentó la suerte de los pobres insulares y los geógrafos borraron la isla de los mapas. Parece que ahora se verán obligados á restablecerla. El capitán Slocum, que después de dar la vuelta al mundo ha desembarcado en San Francisco, afirma que ha encontrado la isla en su sitio y que las treinta y cinco familias que allí habitan se han sorprendido al oír la relación de la supuesta catástrofe. Hé aquí, en realidad, lo que había pasado. Una casa de Valparaíso encargó á un patrón de barco que llevase á la isla vinos y alcohol. Apenas salió del puerto empezó á beberse parte de las mercancías destinadas á los habitantes de Juan Fernández; tal prisa se dieron á empuñar el codo, que patrón y marineros quedaron imposibilitados para dirigir el buque, que anduvo derivando para aparecer, al cabo de algunos días, frente á Valparaíso. Como el patrón no supo encontrar la isla, no titubeó en asegurar que había desaparecido; con sólo este testimonio, se telegrafió la noticia á todas partes. El pretense

cataclismo que sumergió á Juan Fernández no era más que una simple invención de un borracho. Esta noticia alegrará á cuantos pasaron en su infancia ratos muy agradables leyendo las aventuras de Robinson.

Hace dos años que fué expuesto al público en Berlín un niño de veinticuatro meses, hijo de un carnicero de Brunswick, que leía de corrido los caracteres latinos y góticos, impresos ó manuscritos, sin que nadie le hubiera enseñado á leer. Haciendo que le explicasen los rótulos de las tiendas y los nombres de las calles, aprendió por comparación á descifrar todas las palabras. Carlos Stumpf, profesor de filosofía en la Universidad de Berlín, se propuso estudiar de cerca la precoz inteligencia de aquel niño fenomenal; en la *Revue Scientifique* publica los resultados de su investigación.

Hállase el pequeñuelo constituido normalmente; vivo y juguetón, se entretiene, como los de su edad, en alinear soldaditos de plomo y hacer que marche por los carriles un tren minúsculo. Rebelde—como todos los demás también—á todo trabajo sostenido, se prestó de mala gana á las metódicas observaciones del sabio catedrático. Á pesar de ello, ha podido comprobar Stumpf que es apasionadísimo por la lectura, sobre todo de los libros que tratan de historia y geografía. Sabe de memoria la fecha y punto de nacimiento de todos los emperadores alemanes, á partir de Carlomagno, y de muchos generales, poetas y filósofos; conoce todas las capitales y ríos que por ellas pasan; sabe, porque leyó un «calendario patriótico», todos los sucesos de las guerras de Trento y de los Siete Años. Retiene con igual facilidad varios números de doce cifras y dice toda la tabla de multiplicación; pero sólo es un fenómeno de memoria, porque no efectúa ningún cálculo ni sabe sumar dos cifras. En historia, por el contrario, resuelve verdaderos problemas. Stumpf le hizo adivinar una frase cuyas palabras todas estaban en abreviatura: «In d. grossen Schl. bei L. 18 X. 13 wurde Nap. besiegt». (En la gran batalla de Leipzig, 18 de Octubre de 1813, fué derrotado Napoleón.)

No contento el niño con descifrar todas las palabras anteriores, añadió: «Allí se hallaban el feld-mariscal Blücher y el general feld-mariscal Schwarzenberg». Al pronto tradujo *L.* por *Liegnitz*; pero notando que no hacía sentido con lo siguiente, corrigió el error. Resulta, por lo tanto, que es capaz de operaciones cerebrales complicadas. No se funda su memoria, como la de casi todos los niños-prodigios, en impresiones visuales ó auditivas, porque no distingue la diferencia entre dos figuras dibujadas, ni dos notas musicales sino cuando van separadas por un largo intervalo; asocia á los sonidos ideas de pesantez, y dice de una nota grave que «pesa doscientos kilogramos» y de una nota aguda que «no pesa más que una libra». No le produce efecto el vocabulario científico. Quiso Stumpf que leyese el nombre químico *Dimethylamidofenyl-dimethylpylacetone*; el niño se negó á ello resueltamente. No hay por qué amonestarle, porque una persona mayor hubiera hecho lo propio. Sus talentos son bastantes para que se le coloque á más altura que sus colegas, célebres ya y de muchos más años, Inaudi y Diamandi.

ZARAVEL.





LAS TRES VÍRGENES NEGRAS

DEL

AFRICA ECUATORIAL

POR

F. BOUHOURS (1)

Durante esta conversación, las tres hermanas de Caniata se retiraron con Juana y Cecilia Noé al asilo de las negritas, á cuya puerta se levantaba una estatua de la virgen de Lourdes. La más joven de las tres hermanas, Marrasilla, tenía doce años, Nyandea contaba catorce y diez y siete Nyemoena; es decir, que las tres gozaban de los encantos de la juventud, período de la vida en que el corazón humano, bajo cualquier latitud, palpita por todo lo bello y sublime.

Al ver la blanca y hermosa imagen de María, que con las manos juntas dirigía tierna y lánguida mirada hacia la mansión de paz, las tres hermanas lanzaron un grito de admiración y doblaron humildes la rodilla.

—¡Qué hermosa es! ¡qué hermosa es!... ¡Y cuán grande

(1) Véase la pág. 544 de este tomo.

debe de ser su bondad!—exclamaron aquellas pobres jóvenes del África ecuatorial.

—¿Á quién representa esta estatua, cuya hermosura nos roba el corazón?—preguntaron á Juana y Cecilia Noé, después de haber desahogado su pecho ante la imagen de María.

—Es la Madre de Dios hecho hombre para rescatarnos de la esclavitud de Satanás—les respondió Juana,—es la Reina del cielo y de la tierra, poderosísima delante de Dios y diligentísima en conceder á sus devotos cuanto le pidan confiadamente: es la Virgen de las vírgenes, modelo que procuran imitar todas las jóvenes de nuestra edad en el país de los blancos: es la Virgen Inmaculada y es nuestra Madre.

—¡Oh! ¡Qué hermosa es y qué buena debe de ser!—repitió Marrasilla.—Voy á ofrecerle flores para que me defienda del furor de los rougas rougas.

—¿Queréis contarme la historia de esa hermosa señora?—preguntó Nyandea á Juana.

—¿Y á mí?—añadió Nyemoena.

—Sí, hijas mías—respondió la madre del mártir.—Venid á visitarnos con frecuencia y os enseñaremos la religión de los misioneros de Francia, y así podréis también vosotras contarla á las jóvenes de vuestra edad, y los cristianos del país de los blancos vendrán á protegernos, pues han rescatado ya muchos esclavos y libertado á todas las huérfanas que veis aquí, gracias á la bondad de las mujeres blancas. Es tan grande el amor que nos tienen que, sin temor á esclavistas y rougas-rougas, se desprenden generosamente de las muchas riquezas que Dios les ha concedido para rescatar con ellas á infortunadas negritas.

Las tres vírgenes negras se despidieron de la madre y hermana del mártir, prometiendo volver pronto y dirigiendo la última mirada á la estatua de María. También Caniata hizo prometer á los misioneros una visita al pueblo de los wabikari tan pronto como se viera libre de todas las consecuencias de la herida. La familia de Sindesé y todos los negros que la habían acompañado salieron de la residencia, colmando de bendiciones á los misioneros y prodigándoles todos los testimonios de la más viva gratitud.

Se ha dicho por muchos viajeros que los negros del Ecuador africano no tienen idea alguna de culto y que carecen hasta de la idea de un Ser Supremo. Esta aserción está en pugna con la gran ley moral que rige todos los pueblos, aun los más bárbaros, y con la prueba que teólogos y filósofos deducen de ella para demostrar la existencia de Dios. Su Eminencia el Cardenal Lavigerie llamó la atención sobre esto á sus misioneros desde el primer día de su obra civilizadora; y han comprobado de la manera más evidente la creencia de los negros de sus misiones en espíritus superiores á quienes temen y honran con invocaciones y sacrificios. Estos pueblos practican una especie de idolatría grosera, pero que, ciertamente, no es el ateísmo; hé aquí las pruebas de esta aserción.

Impaciente Caniata por volver á su pueblo y ver á los negros, no quiso esperar á su completo restablecimiento para despedirse de los misioneros. No pudiendo éstos acompañarle aquel día, se vieron precisados á pedir al jefe vecino dos hombres para conducirlos á los wabikari; pero les contestó que no podían ir hasta el día siguiente porque estaban ocupados en sortilegios para saber qué camino deberían tomar á fin de tener un viaje feliz por el bosque y que, además, aquel día era nefasto.

Llegado el día favorable, los misioneros siguieron á sus guías por el lago Tanganyca, itinerario escogido por los últimos, y surcando este mar interior pudieron los misioneros reconocer las creencias de los negros por detalles verdaderamente curiosos, pues al llegar á cierto cabo, que no se dobla impunemente, según los indígenas, á no ser que se ofrezcan presentes al espíritu que habita en la roca, uno de los conductores se adelantó á la proa con algunos collares de perlas en la mano y dirigiéndose al espíritu le suplicó mitigara su cólera y le fuera propicio: hecho esto, lanzó la ofrenda al mar y volvió á empuñar los remos. Todos á una voz entonaron después un cántico, llevando con violencia la barca lejos de la terrible roca, convencidos de que el espíritu, apaciguado por la ofrenda, haría favorable la navegación.

Pero si su creencia en un mundo sobrenatural es incontes-

table, no es menos real la ignorancia, y por consiguiente la indiferencia de esos pobres negros, salvo raras excepciones, como la familia Caniata y especialmente sus tres hermanas, según veremos más adelante; llevar esos espíritus y esos corazones, cuyos pensamientos no se alzan de la tierra, sin atender más que á sus cazas, pescas, danzas y diversiones infantiles, al deseo de una vida espiritual y á la práctica de las virtudes que ésta impone, es obra de inmenso trabajo y grandes sacrificios, pero no imposible. No pasaron dos años los Padres blancos en la región de los lagos sin experimentar esta verdad en los niños rescatados, cuya educación continuaban con ardor.

Por la traducción,
FR. JULIÁN RODRIGO,
Agustino.

(Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Pasteur. *Histoire d'un esprit*, por E. DUCLAUX, del Instituto de Francia, profesor de la Sorbona y director del Instituto Pasteur.—Paris, Masson y Compañía, editores, 1897.—En 4.^o, VIII-400 páginas con figuras en el texto.

El Sr. Duclaux, digno sucesor de Pasteur en el Instituto que lleva el nombre de éste, ha querido elevar un monumento literario al gran maestro, como los países todos le elevan un monumento de mármoles y bronce. «Historia de un espíritu.» ¿Qué significa este título? Duclaux contesta en el prefacio: «Se puede hacer la biografía de un hombre; lo difícil es hablar del espíritu, del alma de un sabio; es algo así como un ave que vuela: solamente se la distingue cuando se posa ó cuando despliega las alas para lanzarse al espacio. Tratándose de genios como Pasteur, la dificultad sube de punto...» Insiste en la dificultad y añade: «Á pesar de ello, he escrito esta obra, empresa á la que me han movido dos razones: que Pasteur no era un sabio como los demás; su vida científica ofrece admirable unidad, como desarrollo lógico y armónico que fué

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

de un mismo pensamiento. Ciertamente que cuando empezó sus estudios de cristalografía no pudo presumir que acabaría descubriendo la curación de la rabia. Tampoco Colón sospechaba al hacerse á la mar que descubriría las Américas. Sólo comprendía que caminando siempre en la misma dirección acabaría encontrando algo nuevo. La magnitud de sus descubrimientos hace que la historia de su alma ofrezca los caracteres de una novela de aventuras que fuese cierta. Consiste la segunda razón en que la vida de Pasteur no es menos interesante en los detalles que en su conjunto. Pasteur tropezó con muchedumbre de obstáculos, y es provechoso saber cómo acertó á vencerlos ó sortearlos...»

Aunque el ilustre sucesor de Pasteur se expresa en términos de tan plausible modestia, la verdad es que ha escrito una obra de indudable mérito y muy útil. Hasta ahora nadie había agrupado en un todo los trabajos sucesivos de Pasteur ni presentado, en síntesis general, los lazos que los unen. Duclaux se remonta á las primeras investigaciones del maestro en cristalografía, recordando los estudios de Haüy, Weiss, Biot, Herchell, etc.; luego se desenvuelve con claridad toda la obra colosal de Pasteur. Gracias á Duclaux, se asiste á la gestación de todos los descubrimientos, á la evolución de las experiencias; síguese el hilo que guió al maestro en la serie de sus incomparables trabajos; se ve nacer en el alma de Pasteur las ideas sucesivas que le condujeron á la cima de sus meditaciones y consecuencias, al descubrimiento de las inoculaciones, á la teoría de la inmunidad, etc.

Podemos darnos el parabién porque haya escrito esa obra, que tanta falta hacía, el más competente de los discípulos y amigos de Pasteur. De esta manera se tendrá en lo futuro la historia exacta de los descubrimientos que han transformado la química y la medicina y elevado á tanta altura en el mundo el nombre de la ciencia francesa.

*
* *

Estudios histórico críticos de la ciencia española, por JOSÉ R. CARRACIDO.—Madrid, 1897.—En 8.º, 220 páginas: 3 pesetas.

Una de las figuras que más se destacan entre la juventud de nuestro país es la del profesor y académico D. José R. Carracido. Dotado de hermosa palabra y feliz memoria, trabajador infatigable, contribuye poderosamente con sus libros, conferencias y artículos no sólo á propagar los adelantos científicos del extranjero, sino á aumentar el caudal de los propios. Carracido en España, como Tyndall en Inglaterra y Berthelot en Francia, acierta á vestir de tal ropaje sus ideas que las cuestiones más abstrusas se leen con agrado por las personas más ajenas á la ciencia.

Vana tarea sería la de entretenerse en desmenuzar los puntos de que habla el sabio catedrático en la nueva obra que acaba de publicar, gallardo testimonio de su variada erudición y clarísimo talento. Ahí tiene el lector para muestra su estudio admirable acerca de las condiciones de España para el cultivo de las ciencias; en este mismo número de la REVISTA puede leer su conferencia, modelo de profundidad de concepto y de galanura de estilo. No menos valiosos que aquél son los restantes doce estudios, que, á dejarnos guiar por el deseo, transcribiríamos íntegramente á nuestra publicación.

Pocos aficionados hay en España á la lectura de producciones serias y de índole científica; mas seguros estamos de que no le faltarán al Sr. Carracido, á quien respetan y admiran cuantos conocen, porque en él se presentan unidos la modestia con el saber, el entusiasmo que no decae con el afán de enaltecer el nombre de sus compatriotas ilustres, á alguno de los cuales saca de injustificados olvidos.

Quien en esta época de egoísmos, que lleva á los jóvenes por el camino de la política en busca de improvisadas elevaciones, se desliga de medros personales y cultiva la ciencia por la ciencia, hartamente merecedor es de aplauso. Recíbalo muy caluroso el insigne catedrático autor del libro que motiva esta breve nota bibliográfica.

*
* *

Les gaz de l'atmosphère, por H. HENRIET, químico del Observatorio de Montsouris.—Paris, Gauthier-Villars et fils, editores, 1897.—En 8.º, 192 páginas: 2,50 francos.

En este libro, que interesa á la vez al sabio, al higienista y al agricultor, resume el Sr. Henriet los fenómenos físicos de la atmósfera y da las fórmulas necesarias para la redacción de los volúmenes gaseosos.

En la segunda parte, que comprende el estudio químico de todos los gases del aire, indica los mejores procedimientos de dosificación y expone detalles acerca de los gases poco conocidos, principalmente el argón.

Multitud de cuadros, con los resultados obtenidos en los análisis efectuados en diferentes puntos del globo, completan los documentos de esta obra utilísima, que pertenece, como tantas otras, á la acreditada *Encyclopédie scientifique des Aide-Mémoire*.

*
* *

El señorío temporal de los Obispos de Lugo, por el ILUSTRÍSIMO SR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ, provisor de la S. I. M. de Burgos.—Coruña, 1897.—En 8.º, dos tomos de 256 y 204 páginas: 5 pesetas.

Nosotros tuvimos la fortuna de dar á nuestros lectores las primicias de esta nueva producción del Sr. López Peláez, que sigue en sus fecundas tareas de publicista y rara es la vez que no tiene en la imprenta más de un volumen. Con justicia fué premiado el trabajo en público certamen, como que lo calificó el respetable Jurado de «el más importante de cuantos se presentaron. Nutridísimo de interesantes noticias—añade,—inspirado en sano criterio y escrito en lenguaje sobrio, correcto y fluido, revela un profundo conocimiento de la historia general y de la particular de Lugo, una preparación imposible de alcanzar en breve tiempo. Sólo después de largas y laboriosas investigaciones llegan á reunirse tantos y tan valiosos materiales como constituyen la base de dicho trabajo...»

Lo cierto es que el hoy, en virtud de brillantes oposiciones, canónigo doctoral y provisor de Burgos escribió en pocos días la obra antes citada, que bastaría para labrar la reputación de un autor.

Ya se anuncia que pronto dará á luz otro volumen el señor López Peláez, titulado *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo*.

*
* *

Otras publicaciones.

La Media Docena. Cuentos y fábulas para niños, por el Conde de las Navas. Segunda edición. Obra declarada de texto. Madrid, 1897. En 4.º mayor, 90 páginas.—Damos la enhorabuena á los niños por haberse resuelto el autor de esta hermosa obra á imprimir de ella 2.000 ejemplares, que aún nos parecen pocos, si han de ir, como deben, á todas las escuelas de primera enseñanza. La segunda edición es verdaderamente original y primorosa, porque el señor Conde de las Navas, á más de literato de gran valía, es también bibliófilo muy inteligente.

Le Espectateur Catholique.—Entre los excelentes artículos que inserta en su número 2 esta elegante revista, merece especial mención el trabajo del joven escritor francés Marius André, en que estudia el renacimiento de la música religiosa en España.

La Princesa Dácil. Romance, por Guillermo Perera y Alvarez. Laguna de Tenerife, 1886. En 8.º, 24 páginas.—Composición bien escrita, que elogia en un discreto prólogo el catedrático D. Leopoldo Pedreira, antiguo colaborador nuestro.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.—Los editores Montaner y Simón han repartido los cuadernos 472 á 482 de esta magnífica obra; comprenden desde la voz *suelo* á la voz *Tasmania*, y, á más de los muchísimos dibujos del texto, contienen hermosas láminas, tales como el mapa de Suiza y la que representa el frontal ó palio de las brujas de San Juan de las Abadesas, en Cataluña.

Dos poesías. El juicio de Dios (leyenda histórica). *En el campo* (epístola), por D. Ángel del Arco y Molinero, C. de la Real Academia de la Historia. Tarragona, 1896. En 8.º mayor, 24 páginas.—Las dos precedentes composiciones fueron laureadas con el premio de honor y el segundo premio en los Juegos florales celebrados por el Ayuntamiento de Zaragoza el 17 de Octubre de 1896, y bien merecen aquellos preciados galardones, porque en ellas demuestra su autor que es un poeta de altos vuelos. El romance en que pinta á Zoraida, más tarde Isabel de Granada, es vigoroso y de fiel colorido; la *epístola*, en que describe los encantos de la vida campestre, deleita al lector por modo singular.

Anuario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid, 1897. En 16.º, 360 páginas.—Bien puede asegurarse que ni pasan años por D. Miguel Merino, redactor constante de la publicación académica nombrada, ni hay quien le supere en el arte difícil de exponer con galanura los asuntos científicos y darles amenidad. Narra las fecundas tareas de la docta corporación de manera tal que el lector le sigue embebecido y deja con pena el volumen cuando ha llegado á la última de sus páginas. Vulgar es la idea, pero naturalísima: sabios del talento, modestia y laboriosidad de los Sres. Merino y Echegaray, Laguna y Botella deberían vivir muchos, muchos años, y poder, como Chevreul, celebrar el centenario de su natalicio.

A.



ÍNDICE DEL TOMO CV

15 de Enero de 1897.

	<u>Páginas.</u>
Un Obispo condenado á muerte á petición de sus vasallos, por Antolín López Peláez.....	5
El poeta y la dama, por María de Belmonte.....	14
La física antigua y la moderna (continuación), por Fr. Justo Fernández.....	15
Á Porcia, por Adalmiro Montero.....	38
La reconquista pirenaica hasta la muerte de Sancho III de Navarra (conclusión), por Gabriel M. ^a Vergara y Martín.....	40
Reflejos, por Antonio Frates.	60
Estudio bio-bibliográfico destinado á preparar una edición completa de las obras del insigne maestro abulense Tomás Luis de Victoria (continuación), por Felipe Pedrell.....	66
El silencio, por M. Gutiérrez.....	79
El retrato (continuación), por Angel Avilés.....	81
Revista de teatros, por Melchor de Palau.....	97
Boletín bibliográfico, por E. G. y A.....	101

30 de Enero.

Doña Trinidad Grund de Heredia, por Francisco Silvela.....	113
El señorío episcopal de Lugo al fenecer la Edad Media, por Antolín López Peláez.....	126
Los últimos días de un reinado, por Angel Lasso de la Vega.....	134
El retrato (conclusión), por Angel Avilés.....	146
El derecho natural y los positivistas, por Damián Isern.....	165
¡Pobre Carolal, por María de Belmonte.....	171
La inspiración, por González de Castro.....	182
La razón y la fe, por Eduardo Sanz y Escartín.....	184
El mal de la testa de la reina de Portugal Doña María, por José del Carmenal.....	192
Crónica militar, por L. Barrios.....	208
El Doctor Wolski (continuación), por Sofía Casanova.....	219

15 de Febrero.

Sarmiento en defensa de Feijóo, por Antolín López Peláez.....	225
Problemas científico-religiosos (continuación), por Fr. Teodoro Rodríguez.....	247
En la montaña, por Amós Escalante.....	259
Estudios colombinos, por Eduardo Ibarra Rodríguez.....	260
Los últimos días de un reinado (conclusión), por Angel Lasso de la Vega.....	271
Cosas y casas de hidalgos, por el Dr. Thebussem.....	281
La enseñanza del Derecho en los Institutos, por Gabriel María Vergara y Martín.....	299
El médico poeta, por Francisco de Iracheta.....	304
Estudio bio-bibliográfico destinado á preparar una edición completa de las obras del insigne maestro abulense Tomás Luis de Victoria (conclusión), por Felipe Pedrell.....	305
La monja del alcázar, por Francisco Villa Real.....	318

	<u>Páginas.</u>
La lira de hierro, por M. Gutiérrez.....	321
El Doctor Wolski (conclusión), por Sofía Casanova.....	324

28 de Febrero.

La novela regional, por José María de Pereda.....	337
El señorío episcopal de Lugo en la edad moderna, por Antolín López Peláez.....	353
Problemas científico-religiosos (continuación), por Fr. Teodoro Rodríguez.....	366
Gertrudis Gómez de Avellaneda, por Zaravel.....	380
Feminismo, por María de Belmoute.....	398
Justicia humana, por Emilio Blanchet.....	404
La síntesis química y la industria, por José Rodríguez Mourelo...	417
Rima, por Juan Alcover.....	427
Ojeada general sobre la evolución ejecutiva bélica, por Leopoldo Barrios.....	429
Boletín bibliográfico, por A.....	439

15 de Marzo.

Pesquisas forestales y nimiedades urbanas del litoral lusitano, por José Jordana y Morera.....	449
Las estrellas errantes, por Campoamor.....	466
Concepto del derecho, por José María Riguera Montero.....	467
Problemas científico-religiosos (continuación), por el P. Fr. Teodoro Rodríguez.....	479
Importancia de la segunda enseñanza, por Teodoro de San Román.	495
La síntesis química y la industria (conclusión), por José Rodríguez Mourelo.....	508
Una carta de recomendación, un drama en proyecto y tres hombres ilustres, por Manolo Chispero.....	525
Madre heroica, por J. Pons Samper.....	530
Crónica militar, por L. Barrios.....	535
Las tres vírgenes negras del África ecuatorial, por F. Bouhours, traducción del P. Fr. Julián Rodrigo.....	544
Boletín bibliográfico, por A.....	556

30 de Marzo.

Condiciones de España para el cultivo de las ciencias, por José R. Carracido.....	561
Problemas científico religiosos (conclusión), por el P. Fr. Teodoro Rodríguez.....	583
Pesquisas forestales y nimiedades urbanas del litoral lusitano (conclusión), por José Jordana y Morera.....	601
El Niágara, por Gonzalo de Castro.....	619
Misión de la Cruz Roja y su desarrollo en España, por Gabriel María Vergara y Martín.....	622
Caridad, por Ángel Avilés.....	628
La hija de Cervantes, por Luis Vidart.....	629
La hija del fuego, por Guillermo Belmonte Müller.....	639
Notas de un lector, por Jacinto Benavente.....	645
Zizás, por Zaravel.....	650
Las tres vírgenes negras del África ecuatorial (continuación), por F. Bouhours, traducción del P. Fr. Julián Rodrigo.....	661
Boletín bibliográfico, por A.....	665

Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.^o